BOLSILIBROS BRUGUERA

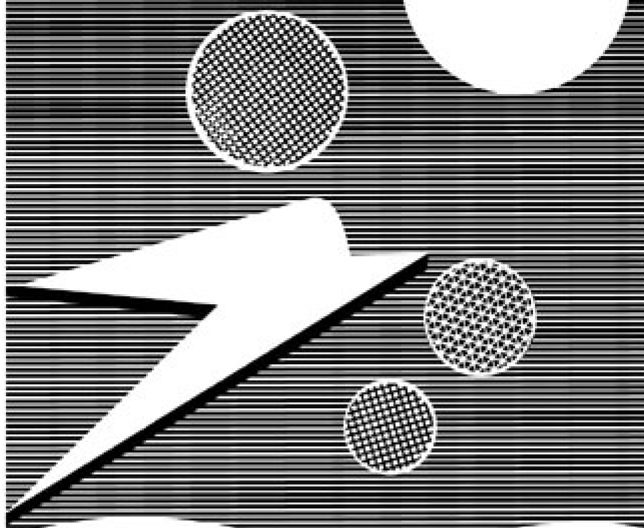
la conquista del ESPACIO

EL INVENTO

marcus sidereo

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

109 – Mercaderes del espacio, *A. Thorkent*.

110 – Viaje al infinito, *Marcus Sidereo*.

111 – No hay planeta como mi planeta, *Curtis Garland*.

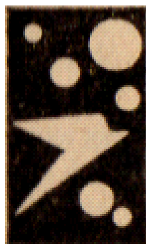
112 – Los invasores invadidos, *Glenn Parrish*.

113 – El planeta tenebroso, *Ralph Barby*.

MARCUS SIDEREO

EL INVENTO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 114
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 35.086 - 1972

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1972

CAPITULO PRIMERO

El profesor Hans von Falenger se dispuso a recibir al ministro del Interior sin ninguna clase de ceremonial.

El ministro pasó al estudio-laboratorio del científico completamente solo, como si de una visita privada se tratara.

—Y bien, Von Falenger... Espero que no me entretenga demasiado. Tengo un montón de trabajo que me espera.

—Iré directamente al asunto, señor —repuso el sabio, y con un ademán le indicó la «cosa».

—¿Qué es esto? —inquirió el ministro—. Parece una armadura del siglo XVIII.

—Puede que si los guerreros de ese siglo hubiesen tenido esta clase de armaduras todavía vivirían ahora. —Muy interesante. Explíquese.

—Vea la cabeza. Está compuesta por un oscilógrafo, los cables de contacto, válvulas...

—Querido Von Falenger, no me interesa la composición sino los resultados. Absténgase de ambigüedades. Tengo prisa —recalcó el ministro.

—Le hablaré en lenguaje llano, sin tecnicismos.

—Justo lo que quiero. Y conciso.

—Pues bien, en principio se coloca al sujeto dentro. Los aparatos de la cabeza debidamente conectados consiguen la paralización parcial del cerebro. Digo parcial porque si fuese total el sujeto moriría. Teniendo en cuenta que el cerebro es uno de los órganos vitales del ser humano y que muerto determina el fallecimiento clínico del sujeto, digamos que con estos aparatos él cerebro paraliza determinadas funciones, pero sus células siguen vivas, en estado digamos letárgico, convirtiendo al sujeto en estado neutro.

El profesor mostró otro dispositivo a la altura donde un hombre de la estatura de la armadura tendría el corazón.

—Lo de arriba se completa con el reproductor de células... Como sabe, señor ministro, desde el momento de nacer, comenzamos a perder células..., con lo que el nacimiento de una vida es el principio de la muerte. Diariamente miles de células mueren en nosotros, pues ahí está el vivificador. Las reemplaza.

—¿Reemplaza las células muertas?

—Más aún, las multiplica de tal modo que el sujeto puede llegar a poseer casi las mismas que en el momento de nacer. De forma que no puede envejecer y con ello conservará todo su vigor físico, y lo aumentará incluso. Su poder mental se verá aumentado

considerablemente por un proceso natural...

—¿Ha inventado usted, la vida eterna del ser humano, querido Von Falenger?

—¿Cómo estar seguro? Sólo he podido trabajar diez años en esto. Sin embargo, vea ese chimpancé. —E indicó una jaula de notables proporciones en la que un chimpancé juguetón hacía cabriolas entre los distintos barrotes interpuestos al efecto. —No le veo nada especial.

—La juventud. Cualquiera, viéndole moverse, creería que se trata de un chimpancé joven; sin embargo cuando experimenté con él era ya viejo y estaba enfermo, prácticamente había cumplido su curso normal de vida. Véalo ahora.

—¡Asombroso, profesor! ¡Por lo menos, si no la vida, parece que con sus métodos tenemos garantizada la juventud!

—Eso por descontado, pero permítame que prosiga. —Sí, sí, encantado.

Y de nuevo frente al artefacto, Von Falenger mostró otro dispositivo en la parte opuesta al corazón.

—El tercer elemento es indispensable para coordinar. Actúa como compresor cuando el corazón se paraliza.

—¿Paralizar el corazón?

—Exactamente... Todo debe permanecer en reposo para obtener la completa neutralidad del sujeto. Una pila atómica asegura que los dispositivos funcionen perfectamente... Según mis cálculos un sujeto introducido en la... llamémosla armadura podría despertar al cabo de un siglo completamente vivo y en la plenitud de sus facultades, aumentadas con los efectos del potenciador —e indicó un oculto resorte en la parte alta de la «armadura».

—¿Otra sorpresa, Von Falenger?

—No, exactamente. Es la parte definitiva de mi aparato... Me explicaré —carraspeó sin ninguna clase de énfasis y siguió—: Convertidos los sujetos en estado «neutro» y sin pensamientos, ni posibles sueños por la paralización, entre otras cosas, de la llamada «materia gris», al volver al estado normal podrían hacerlo en su forma primitiva. Es decir, como recién nacidos. Esto sería tan inútil como estúpido, y no creo que reportara ninguna ventaja vital. Por lo tanto, actuando el potenciador en forma adecuada, y teniendo en cuenta que el reproductor de células habría dejado al sujeto en su estado óptimo, el referido potenciador actuaría de modo que activaría las distintas ramas del cerebro que en conjunto forman la memoria, las ideas y los pensamientos y condicionan los reflejos. De esta forma podría conseguirse que el cerebro humano trabajara al ciento por cien de su capacidad, cosa que como sabemos y aun en los casos de inteligencias más elevadas, apenas si alcanza el cuarenta por ciento pese a que muchos, sobre todo en la mitad del siglo que vivimos, llegaron a

admitir que la potencia era hasta del ochenta. Falso, señor ministro, completamente falso... El cerebro guía nuestros sentidos y a excepción de los videntes a los que el mundo toma a chacota, nos empeñamos en admitir que sólo poseemos cinco sentidos... Estoy convencido de que si el cerebro trabajara a tope tendríamos muchos más sentidos... Para no entretenerle más, señor ministro, deme un sujeto. Haremos una prueba de duración corta. Un año. Usted mismo será testigo de los resultados. Proporcióneme un idiota y le devolveré un sabio. Deme un viejo y lo habré rejuvenecido.

—Lo tendrá, mi querido profesor, lo tendrá... Pero debo pedirle que siga manteniendo en secreto todo esto. Yo no dudo de usted porque le conozco bien, pero anda mucho cretino suelto a pesar de los grandes adelantos de nuestra época.

—Le comprendo. Teme el ridículo. Sí... Los no científicos piensan que nosotros sólo trabajamos pensando en la destrucción. ¡Oh, mi querido señor ministro! Usted sabe que nada es más falso. La ilusión de todos los que nos dedicamos a la ciencia es procurar el bienestar de la humanidad. Gracias a ilustres colegas de otras ramas, hoy el trabajo se ha simplificado al máximo. Todo es automático, el hombre puede subsistir sin apenas esfuerzo. Existen máquinas para todo. Incluso para pensar.

—Tiene razón, Von Falenger... Hemos llegado a tanto que hasta nos permitimos vivir desde hace un montón de años con la amenaza de nuestra propia autodestrucción... Bastaría pulsar un par de botones para hacer estallar el planeta Tierra en menos tiempo del que se necesita para estornudar... ¡Adiós, profesor! Le prometo esos voluntarios. ¿Cuánto tiempo necesita para producir otra «armadura»?

—Dos semanas.

—De acuerdo, entonces.

*

Dos semanas más tarde...

El retrasado mental y el viejo de noventa años que llevaba algunos con el espinazo doblado, fueron encerrados en las respectivas armaduras.

Ni el uno ni el otro protestaron. El primero porque era idiota y el segundo porque por viejo vivía su segunda niñez. Su artritis mezclada con otra docena de enfermedades que la ciencia —con sus adelantos — todavía no había logrado diagnosticar, le tenían con un pie en la tumba y hastiado de vivir. Así, pues, por ambas razones —por su cerebro infantil y variados sufrimientos— aceptó hacer de cobaya.

El profesor explicó al ministro:

—He cargado la pila para un año. Cuando se cumpla el plazo

habrá llegado el gran día.

—Así lo espero, profesor.

—Disculpe, señor... Parece usted escéptico.

—No. No es escepticismo. Es miedo.

—¡No puede pasar nada!

—Esto es lo que temo. Que su invento triunfe.

—¡Señor ministro! —exclamó asombrado el profesor.

—Disculpe mi pesimismo, Von Falenger. Usted está entusiasmado y yo lo comprendo. Sería en verdad un gran invento... ¿Pero no se le ha ocurrido pensar que... todo lo que tiene de benefactor puede utilizarse para un sentido inverso?

—¿Un sentido inverso?

—Sí, profesor. Si se puede controlar el cerebro hasta el punto que un retrasado mental se convierta en un sabio, su aparato puede igualmente volver autómatas a todos los hombres... Construir un mundo de autómatas humanos... En esto estaba pensando.

*

Un año más tarde...

Era el gran día. La pila atómica, al concluir sus funciones abriría automáticamente las «armaduras». De su interior iban a surgir, según la teoría del profesor, dos hombres recién salidos de su estado neutro. Dos hombres prácticamente nuevos, inteligentes y jóvenes.

De ser así, Von Falenger sería proclamado universal-mente como el inventor de la juventud eterna o acaso incluso de la vida eterna. Sería el primer hombre del planeta que habría vencido totalmente a la muerte. Era un gran día.

Bueno. Para algunos no fue tan gran día. Para el ministro del interior, por ejemplo. No podía asistir. Había muerto.

El profesor asistiría al acto sin testigos. Sólo él podría gozar de su satisfacción personal en la forma más íntima; en la soledad.

Descendió a su laboratorio privado. La planta estaba situada a 375 metros de profundidad y era la última de aquel invisible rascacielos construido al revés; bajo las rocas de un macizo montañoso en... un lugar de Europa. El rápido ascensor le dejó en el vestíbulo de su laboratorio particular.

Fue directamente a la cámara donde se hallaban las «armaduras».

Faltaban tres minutos exactamente para que se abrieran automáticamente.

A Von Falenger aquellos 180 segundos le parecieron eternos.

Al fin el reloj coincidió en el punto exacto. La pila atómica no falló ni una décima y las «armaduras» se abrieron...

CAPITULO II

Tres siglos más tarde…

Las tres voces resonaban en medio de la gran explanada, procedentes de la exuberante vegetación.

Entre verdes setos, gigantescos árboles de exótica belleza, de flores perfumadas y de aroma campestre, tres seres hablaban.

No podía vérseles. Al menos no podía vérseles con ojos de terrícola, porque de hecho sus voces procedían del interior de unas armaduras bastante distintas de las fabricadas por el profesor Von Falenger allá en la Tierra.

Los tres seres allí metidos eran de tamaños distintos, por lo menos lo eran las armaduras. Igual que los colores. La mayor de ellas era azul, color que indicaba el grado del «ser» que iba dentro. Azul equivalía a profesor.

Las otras dos armaduras eran verdes y se confundían con el paisaje. Eran bastante más pequeñas. En cualquier caso, los setos más pequeños de los alrededores sobrepasaban en más de un metro a aquellos artefactos metálicos.

En aquellos momentos el que preguntaba era uno de los «verdes». Verde, en aquel lugar era sinónimo de «no adulto», de niño, de «ser» no cualificado todavía.

El Verde que hablaba era el número I. Al otro le llamaremos II.

Y la pregunta que el I hacía al azul (profesor) era la siguiente:

—¿Y esa armadura de ese profesor Von no sé cuántos… dio resultado, señor?

—Pues en cierto modo sí —repuso el profesor—. Por lo menos dio el resultado que mi colega terrícola apetecía por aquellas calendas.[1]

Se refería, pues, la conversación a los experimentos llevados a cabo por Von Falenger en… un lugar subterráneo de Europa.

El alumno número II quiso saber:

—¿Y el anciano y el retrasado mental, salieron de la armadura tal y como había imaginado el señor Von Falenger?

—Pues, sí. Salieron, según mis noticias, jóvenes e inteligentes. El viejo estaba tan cambiado que parecía recién salido de la Universidad. En cuanto al retrasado mental, el lavado de cerebro le había convertido en una inteligencia de primera línea. En este aspecto el invento no pudo dar mejores resultados.

—¡Profesor! —exclamó el alumno número I—. ¿Y nosotros que hemos superado la inocencia de ese planeta desaparecido.., cómo es que no tenemos una máquina semejante?

—En primer lugar, jovencito —se apresuró a rectificar el profesor

—, la Tierra no es un planeta desaparecido exactamente. ¿De acuerdo?

—Bueno, quiero decir...

—Sé perfectamente lo que quieres decir —atajó rápidamente el profesor—. Y si no tenemos una máquina semejante es porque no la necesitamos. ¿De acuerdo?

Pareció haber duda entre el par de alumnos y el profesor añadió:

—Cierto que nosotros somos mutaciones. Entes en cierto modo parecidos a los terrícolas. Pero nuestra inteligencia es muy superior. Sí. Muy superior a la de los «hombres».

Tras una breve pausa y ante posibles preguntas de sus alumnos, el profesor continuó:

—Nosotros no tenemos aquellos problemas suyos de desplazamiento. Podemos ir donde queramos, asimilamos cualquier atmósfera y hemos superado con éxito todas las contrariedades. No rechazamos ninguna sustancia o gas de la naturaleza, absorbemos todo. No existen ni gases venenosos ni sustancias nocivas para nuestro organismo... En fin, no existe para nuestra especie la palabra salubridad. No necesitamos médicos —y esto último lo dijo con aire ufano, con énfasis, con orgullo.

—¿Y por qué somos mutaciones? —inquirió el número II.

—Se trata de un proceso natural en todos los órdenes de la vida. Es la evolución del Cosmos.

—Hablábamos del planeta Tierra y del invento del profesor Von no sé cuántos —protestó el número I.

—¡Oh, sí, sí! —repuso el profesor—. ¿Dónde estábamos?

—En que el retrasado mental y el anciano salieron totalmente cambiados de las armaduras con poder «neutralizante» —dijo el número I.

—Es verdad. Aquello fue un éxito, pero la muerte del ministro del Interior de aquel país retrasó los planes de Von Falenger.

—¿Por qué? —inquirieron a coro el I y el II.

—Porque desde que hay vida en el Cosmos ha existido la incredulidad, los seres que se burlan de lo que no entienden, la ignorancia convertida en pedantería..., un sinfín de cosas de las que los más recalcitrantes eran los terrícolas... Le fue difícil a Von Falenger conseguir que otro ministro se interesara por sus descubrimientos.

—Pero ¿y las pruebas? ¡Tenía pruebas! —espetó el número I.

—¡Oh, sí! Pero aquellos hombres recién salidos de sus escafandras no fueron reconocidos ni por sus propios familiares o amigos. Los médicos negaban rotundamente que un retrasado mental pudiera ser tan inteligente como el más sabio que existía por aquel entonces, y sus colegas del asilo no admitían que un anciano cargado de

síndromes se hubiese convertido en un joven lleno de vitalidad, de energía y sin daño físico alguno. Decían que eran paparruchas, mentiras, falsa propaganda. Se atacó incluso al Ministerio del Interior de malversar los fondos para que locos investigaran. Locos, sí. Trataron a Von Falenger de loco, de visionario.

—¿Y por qué no demostró con nuevas pruebas la veracidad de su descubrimiento? —inquirió con lógica el número II.

—Ya lo hizo. Propuso una nueva prueba. Pero le negaron el material humano. No le proporcionaron a ningún otro ser y por contra le retiraron el derecho a utilizar pilas atómicas y por fin… incluso a seguir investigando… ¿Cómo podía prosperar un planeta que se negaba incluso a lo más esencial para su evolución como es la investigación?

—¡Qué puñado de cretinos! —espetó espontáneo el número I.

—Ambiciosos. Más que nada ambiciosos. Tenían celos unos de otros. Se odiaban con buenos modales. Fingían simpatía donde en el fondo la mayoría se odiaban… ¡Oh! Pero ésta es otra cuestión que a nosotros no nos incumbe juzgar.

—¿Cómo terminó el planeta Tierra? —preguntó el número II.

—Los elementos. Los elementos. Como estaba previsto.

—¿Qué elementos? —preguntaron los alumnos.

—El agua y el fuego —repuso gravemente el profesor.

—¿Cómo es posible? A nosotros ni el agua ni el fuego nos afectan, señor —murmuró el número II, que parecía el menos crédulo a todo lo que no llegaba a comprender.

—A nosotros no, jovencito. Ya he dicho que somos superiores, pero a ellos sí… Bueno, en realidad todo se debió a una equivocación.

—¿Desapareció un planeta por equivocación? —inquirió nuevamente el número II.

—Repito que no desapareció, carape.

—Explíquese, profesor —musitó el número I.

—Me explicaré, me explicaré… y espero que utilizando nuestro sentido de la visión retrospectiva veáis lo que yo os voy contando. ¿De acuerdo?

—¡Será estupendo! —exclamó el número I—. ¡Seremos testigos de la desaparición de un planeta! Ejem… Quiero decir…, de la destrucción.

—Eso es, la palabra exacta es ésa, destrucción.

—¡Oh…! Pero ¿y el profesor no sé cuántos… el inventor de las escafandras? —inquirió el número I.

—En cierto modo todo tiene relación. Veréis… Los sabios hasta entonces habían inventado la desintegración del átomo y conocían los para ellos terribles efectos de la explosión atómica.

Los dos alumnos rieron con ganas dentro de sus extrañas corazas,

semejantes a cilindros metálicos sin piernas ni articulaciones y que se movían por un invisible sistema deslizante o elevador, porque tal como demostró el número II desplazándose por elevación, los seres de aquel lugar podían moverse por el sistema de vuelo rasante, es decir, elevándose por encima de las cabezas de sus semejantes.

—No os riais. Para los terrícolas la radiactividad producida por la desintegración del átomo y su subsiguiente reacción en cadena era mortal, según se demostró a título experimental en una lejana guerra.

Y el profesor continuó:

—Pues bien. Hasta entonces para ellos lo más poderoso en materia destructiva era la bomba atómica y los proyectiles con cabeza igualmente atómica, y toda clase de artefactos que se propulsaban a distancia.

—¿Y quién empezó la autodestrucción? —inquirió el número I.

—Ya he dicho que fue una equivocación, y no fueron precisamente los átomos de la bomba los que causaron la catástrofe. Fue un invento mil veces superior. Una sustancia química, mezcla radiactiva y mezcla venenosa. La onda expansiva no era muy aparatosa, pero producía terremotos, desbordamientos de ríos, destrucción de montañas y por último provocaba maremotos.

—¿Y quién descubrió todo esto?

—Pues dos viejos conocidos nuestros. Ya os he hablado de ellos. Los descubridores fueron el retrasado mental y el anciano que gracias a las escafandras de Von Falenger se convirtieron en los primeros sabios del planeta.

CAPITULO III

De acuerdo con las instrucciones del profesor Azul, los alumnos, y también el propio profesor, revivieron con un sentido especial de lo retrospectivo todo lo acaecido en la Tierra, exactamente el día 23 de diciembre de 1999.

—Desde hacía muchísimos años —narraba el profesor— agentes de otros habitáculos mandaban naves a, la Tierra. Todo era en plan puramente de estudio. A muchos les llamaba la atención la existencia de un planeta con seres vivos, diferentes unos, semejantes otros, de los distintos habitáculos, pero que en el fondo crecían y se multiplicaban con su especial sistema de vida.

»Ya se sabe que los diferentes sistemas de vida de otros planetas han sido y siguen siendo motivos de estudio para ampliar conocimientos.

«Algunas veces eran grandes naves las que al aproximarse se dejaban ver en la Tierra, otras eran minucias, cositas que ni siquiera los radares registraban en sus pantallas, porque nadie tripulaba aquellas naves. Por lo menos nadie de lo que los, terrícolas entendían por ser vivo.

»Agentes vegetales, habitantes atmosféricos, moléculas y toda gama de seres se interesaban por los sistemas de la Tierra. La gente, la masa en general, tomaba a risa esas cosas. Por aquello de burlarse de lo que se ignora, los que más admitían la posibilidad de la existencia de otros seres extraterrestres. ¡Y había que ver cómo los imaginaban! Los unos los dibujaban como muñequitos con extraños cuernos y cola, los otros como gigantes, pero los más los comparaban a robots mecánicos, dirigidos a distancia. Total: una completa y supina ignorancia...

»En vano los estudiosos del cosmos afirmaban que la presencia de tales naves en el planeta era tan real y evidente como la misma luz que los alumbraba, pero seguían las burlas. Decían de aquellos sesudos profesores que eran un hatajo de visionarios, que todo era mera propaganda... En fin, se dudaba de los testigos por más pruebas que aportasen...

»Y vamos, por fin, a lo que interesa. Corría el susodicho año de 1999 y aquel mundo terrícola era un hervidero de pasiones. La atmósfera estaba cargada de electricidad. Todo se había automatizado de tal modo que los regímenes de vida tenían que ser severísimos porque la falta de ejercicio engordaba a la gente y entumecía sus músculos. Ved por ejemplo ese hogar... Sí. Ese donde existe ese extraño artefacto en la sala principal... Es un programador...

electrónico, claro…

*

En el hogar indicado por el profesor, y siempre utilizando los sentidos retrospectivos, los alumnos pudieron ver una casa en 1999. Una casa de una sola pieza, con paneles automáticos que podían separar la sala del dormitorio y éste del baño, aislar la habitación de los huéspedes, etcétera.

Todo se convertía en departamentos estancos sólo con pulsar un botón, que es lo que hizo aquella mañana la señora de la casa al levantarse.

El programador era un complicado aparato a modo de aparador antiguo. Tenía un mostrador y un alto que en vez de vitrina contenía una gran pantalla que era la encargada de transmitir la programación.

La señora de la casa, señora Woslith, pulsó un botón para formular la pregunta correspondiente al régimen adecuado para aquel día.

En la pantalla aparecieron una serie de signos cabalísticos. La señora Woslith sólo tuvo que traducirlos con el manual práctico de mano y supo el menú: Pastillas verdes.

Comprimidos dorados.

Barrita frugal.

Luego el programador se permitía hacer una advertencia adicional:

«Eviten grasas animales. Desechen las tabletas rosa.»

Las últimas tabletas rosa aparecidas en el mercado se había comprobado que poseían un alto grado de grasas animales y los buenos programadores cuidaban de recordarlo.

—¡Ni tabletas nos dejarán comer ya! —masculló la ama de casa, señora Woslith.

Bueno…, como veis no había problemas. Fijaos cómo la cocina de la señora Woslith está limpia y flamante. No necesita platos, sólo utiliza vasijas de goma para las tabletas y vasijas de goma también para el agua. No hay problema de limpieza ni en el suelo porque ahora la señora Woslith pulsa el botón de la izquierda y…

La señora Woslith, al pulsar el botón, vio aparecer los brazos metálicos de las paredes que en un momento hicieron desaparecer el polvo de la casa.

No utilizaban escobas ni bayetas. Era un procedimiento de succión invisible.

La habitación se llenó de un humo blanquecino que desapareció en breves segundos. A continuación todo estaba limpio, reluciente y esterilizado.

A partir de aquel instante, la señora Woslith ya había terminado su

trabajo.

Entretanto, el señor Woslith trabajaba al frente del laboratorio de cerebros del Instituto Internacional de Ciencias.

Y allí precisamente fue donde llegó la alarma.

«Objetos no identificados avanzan hacia la costa Oeste. Programen inmediata defensa.»

También en otras naciones los radares detectaron la presencia de aquellos objetos no identificados.

«Estado de emergencia. Objetos extraños han pasado las líneas tope fijadas por la comisión internacional de desarme y no agresión.»

Cuando se llegó a una situación límite, las emisoras de radio y de televisión lanzaron la noticia:

«Que nadie pierda la calma. Diríjanse a los refugios...»

Pero había muchas naciones que no tenían refugios, ni armas, y éstos comenzaron a temblar.

—Dicen que la destrucción del mundo es cosa de segundos.

—¡Sólo vivirán los privilegiados!

—Malditos inventores de estas armas. ¡Ellos lo destruirán todo y se salvarán porque tienen refugios! ¡Pagaremos los que ninguna culpa tenemos!

—¡Todos somos culpables por no haber parado los pies a tiempo a los colosos!

—Mis pobres hijos. ¡Ellos son pequeños! ¡No tienen ninguna culpa de la maldad del mundo...!

Los comentarios eran para todos los gustos y lógicamente tenían razón. Cada uno la tenía a su modo.

—¡Nadie se salvará! —aseguró el profesor de un país de los del grupo que no estaban armados, ni jamás tuvieron dinero para armarse —. La destrucción será total. Total para todos. Ya no quedará forma de vida posible en el planeta Tierra.

Y vino la equivocación.

Woslith consultó con Ravena.

—¿Qué hacemos? —inquirió el primero frente al batallón de cerebros automáticos en la espaciosa sala subterránea de la planta científica.

—¡No debemos ser los primeros en provocar la catástrofe! —sentenció Ravena—. Que sean los otros..., si se atreven.

Los «otros» eran tres poderosas naciones poseedoras de las más variadas armas, aunque ninguna tan potente como aquella mezcla recién inventada...

—Pero si son los primeros, tendrán ventaja —insistió Woslith.

—La ventaja no será para nadie —sonrió fríamente Ravena—. Es el fin del mundo.

—¡Pero...!

—Nosotros diremos la última palabra. Tú sabes que podemos hacerlo.

Y los ojos de Ravena volaron hacia el botón que tras ser pulsado ya no podía volverse atrás.

La presión de aquel simple saliente de goma bastaba para que una serie de mecanismos se pusieran en movimiento, haciendo surgir de todas partes las armas más mortíferas inventadas en el planeta Tierra.

Y las pantallas reflejaron la primera explosión.

En medio de impresionantes nubes de humo y fuego devastador, avezados reporteros, amantes de lo macabro, filmaban para la televisión.

Dos bombas teledirigidas acababan de hacer blanco en la ciudad de Nueva York.

Las bombas, al llegar a un punto determinado, seguían su curso, que no detenían hacia el lugar preciso, «que detectaban por sí mismas», donde más destrozos podían causar.

Una populosa ciudad china quedó inundada por el fuego devastador, y la capital alemana en 1999 desapareció prácticamente volatilizada.

Ravena hizo un signo afirmativo a Woslith y éste pulsó el botón fatídico.

Pasaron sólo diecisiete segundos.

Al término de este tiempo la Tierra se vio convulsionada como si un planetoide hubiese chocado contra su superficie.

En el espacio la «bola» tembló.

Inmediatamente los océanos cambiaron el color de sus aguas azul verdosas por el rojo, amarillo en algunos casos y gigantescas olas anegaron pueblos ribereños, antiguos reductos de pescadores, convertidos en megápolis de veraneo.

Altos rascacielos dedicados a apartamentos cayeron como castillos de naipes.

Y las olas seguían tragando, tragando...

El asfalto o macadam de las carreteras se agrietó. Algunas grietas eran tan grandes que se tragaron los edificios próximos enteros. No quedó ni un solo automóvil en los aparcamientos porque todos se hundieron en aquellos grandes agujeros.

Y el fuego.

Donde no llegaba el agua, las casas combustionaban como la yesca. Las llamas alcanzaban alturas tremendas.

Allá en el Himalaya, el monte Everest se resquebrajó. La nieve se derritió como por ensalmo y convertida en agua anegó aldeas rústicas todavía, arrastró barracas y bosques enteros por el ímpetu de sus aguas.

Y las explosiones continuaban sonando en todo el mundo. Incluso

en los países no afectados por aquella guerra auténticamente relámpago, el aire comenzó a impregnarse del letal veneno del último descubrimiento de aquellos sabios.

La hermosa bahía de Río de Janeiro se partió en dos por la playa de Copacabana. El mar la atravesó un millón de veces más caudaloso que el propio Amazonas.

Y en la cumbre del Corcovado quedó únicamente emergiendo la cruz. Todo lo demás lo cubrían las aguas.

París era una pira ardiendo como ni Hitler soñó. Una gigantesca hoguera ocultaba las ruinas.

Japón desapareció.

Berlín, tantos años codiciado por unos o por otros, quedó destruido en pocos minutos. En su lugar, y ya que allí las aguas no habían llegado, quedó una gigantesca montaña de cascotes.

Roma, Madrid, el mundo…

Desde la órbita de la tierra, un astronauta en vuelo observaba horrorizado la escena. Un visor que multiplicaba la imagen le permitía ver aquella masa muriendo abrasada, o inundada.

Se volvió loco. No pudo resistirlo. Cayó hacia adelante y con su peso accionó una palanca de freno.

La nave quedó flotando en el espacio.

Y entretanto, la pantalla del módulo espacial repetía:

«Error. Error. No es un ataque. No es un ataque. Error. Error…»

Un error que había costado la vida a la humanidad.

—¡Ah! Me olvidaba un par de detalles —continuó el profesor Azul —. El primero es que los profesores Woslith y Ravena eran aquel par de sabios producto del invento del profesor Von Falenger. El segundo detalle es el que voy a contar a continuación y trata sobre ese error trágico que acabó por aquel entonces con el planeta Tierra.

CAPITULO IV

Siempre utilizando el sentido de la visión retrospectiva fue posible al profesor Azul y a sus alumnos seguir las incidencias de lo que ocurrió en la Tierra en el año 1999.

—He dejado de hablar durante largo rato de Von Falenger, no por descuido, sino porque su actuación en aquellos dramáticos momentos estuvo llena de serenidad y de espíritu futurista.

»Von Falenger no pensó en sí mismo, sino en su invento y en su planeta.

»Partiendo de la base que la radiactividad, por un lado y los gases letales de la nueva arma por el otro, acabarían con la vida de la Tierra, Von Falenger se dijo que en el transcurso de los años, los efectos letales tal vez desaparecerían y la especie humana en el grado máximo de su inteligencia podría subsistir.

»Von Falenger, que incluso había sido desposeído de su cargo, nunca se desalentó, y con sus propios medios volvió a la carga con su descubrimiento y en el transcurso de los años, ayudado por Samantha —su ex ayudante— y Wilfrid, un estudiante, había logrado construir dos nuevas escafandras.

»E1 23 de diciembre, dos horas antes de producirse la catástrofe, Von Falenger dijo:

»—Sólo me falta la pila atómica para hacer una nueva prueba.

»En aquellos momentos el profesor ignoraba todavía la tensión reinante en el mundo. Trabajaba en el sótano de su casa situada en el campo y sólo podía contar con la ayuda de la pareja de jóvenes cuando éstos habían terminado su labor en la que trabajaban.

»Fue Samantha, la dulce, hermosa y veinteañera Samantha la que llegó con la noticia:

«—¡Profesor! ¡Profesor! ¡Es horrible, espantoso!

»—¿Qué es lo horrible? ¿Acaso he sido descubierto?

»—No, profesor... Es la noticia que están difundiendo.

»En el sótano de la casa, Von Falenger pasaba horas y días enteros sin enterarse de nada. En realidad, desde que había sido apartado de su cargo, había renunciado ya al mundo. Su mundo era aquél: su experimento en el cual creía plenamente y en el que veía también la posibilidad de un mundo perfecto.

»—¿Qué noticia están dando? —preguntó sin demasiado interés porque en el fondo estaba harto del sensacionalismo.

»—¡La guerra final! —espetó Samantha asustada como nunca Von Falenger la había visto.

»Fue el rostro descompuesto de aquella grácil muchacha la que

tornó grave la faz del profesor.

»—¡La guerra final! ¿Quién ha empezado?

»—No se sabe. Dicen que estemos prevenidos... He hablado por teléfono con Wilfrid y me ha dicho que me reúna con usted. El vendrá inmediatamente. Quiere recoger algunas cosas.

»La voz de Wilfrid anunció su presencia.

»Desde lo alto de la escalera que conducía al sótano, tras cruzar una puerta o trampa oculta en el suelo, exclamó:

»—¡Gracias a Dios que he llegado! No quedan ni dos horas, profesor... Esto va en serio.

»—Entonces, no hay tiempo que perder —repuso Von Falenger tomando una rápida resolución.

»—Profesor —repuso el joven Wilfrid, de unos veinticuatro años de edad, alto, rubio, atlético, experto en muchas disciplinas, buen deportista y cinturón negro de judo—, he pensado que tal vez aquí, en las montañas, utilizando las escafandras... Las he traído. He conseguido tres. No me han pedido explicaciones. Ahora nadie las pide. La gente parece haber enloquecido. En la ciudad todos corren hacia los refugios, y los que no caben se hacinan en el Metro... ¡Es terrible! La gente se mata por una pulgada de sitio. Ya se han producido casos de asfixia entre la multitud. Los que caen son pisoteados por los que vienen atrás o los que se cruzan. Hay coches ardiendo a consecuencia de violentos choques. Incluso se han producido disparos. Para frenar la carrera de los que van delante hacia los refugios, los rezagados utilizan sus armas. Han perdido todos el juicio...

»—Sí... Hace tiempo que se ha perdido el juicio, mu chacho, pero tus escafandras no podrán servirte. No podremos utilizar su oxígeno por tiempo ilimitado... Yo tenía un proyecto. La renovación espontánea del oxígeno para las escafandras de los astronautas. Una carga podía ser suficiente y por duración ilimitada. Se necesitaban años y medios. Me los negaron. Me creyeron un loco.

»Y el profesor, tras una brevísima pausa, hizo una transición para añadir:

»—No es momento de divagar. Sólo existe una solución.

»Miró hacia las dos armaduras.

»—No son tan perfectas como las primeras. Faltan algunos toques, pero no hay tiempo si todo ocurre como acabáis de decir.

»Subió rápidamente a la primera planta y puso en marcha la televisión.

»Un locutor lleno de pánico seguía informando con ademanes de autómata:

»—Peligro inmediato, no pierdan la calma. Peligro inmediato. No pierdan la calma.

»E1 locutor de la radio decía por su parte:

»—Los objetos no identificados siguen sin rectificar su curso después de haber atravesado la línea límite.

»Cada país tenía una línea límite y cuando ella era rebasada significaba peligro inminente de agresión.

»—Sí. Va en serio —murmuró Von Falenger.

»—¿Cuál es su solución, profesor? —indagó Samantha que había subido junto a Wilfrid y a Falenger.

»—Conseguir una pila atómica. Ahora mismo… Ve, Wilfrid. A mi antiguo laboratorio oficial. Ultima planta. Está a quinientos kilómetros, pero con mi helicóptero conseguirás llegar en menos de una hora. Ya sabes que tiene el dispositivo especial para marchas rápidas de emergencia. Ponlo a tope. Yo tengo que acabar unas cosas…

»—Estará vigilado…

»—Lo supongo. Pero el principal peligro está en la planta veinte. Es donde está la guardia y las puertas de los refugios. Es de imaginar que dadas las circunstancias estará lleno de gente. Está reservado únicamente para el personal. Llevan todos un distintivo… Espera. Yo conservo todavía el mío. No creo que hayan cambiado…

»·Buscó en el cajón de una mesa bastante revuelto. No daba con él y el segundero del reloj iba marcando implacable el paso del tiempo.

»·—Debía estar por aquí… No soy muy bien ordenado. ¡Cáspita! ¡Claro, creí que nunca más iba a necesitarlo!

«Siguió revolviendo cajones.

»—¡Oh, no! ¡No! ¡No puede ser! Tengo que encontrarlo. No te dejarían cruzar la zona. Hay una valla metálica con electrodos. No podrías pasar…

»Trató de hacer memoria.

»En todas las épocas ha ocurrido lo mismo —comentó Azul—. Cuando más prisa se tiene en encontrar una solución más se demora ésta en surgir.

»Pasó la mirada por las desnudas paredes de ladrillo del sótano. Allí tenía colgado un viejo diploma de universitario, recuerdo de sus años mozos… Había también un crucifijo.

»—No atentamos contra las leyes divinas por querer prolongar la vida, la juventud o aumentar la inteligencia, Señor. Simplemente usamos de los medios que nos has dado para perfeccionarnos… —dijo a modo de plegaria.

»Samantha también contribuía en aquella dramática búsqueda del medallón que identificaría a Wilfrid.

»El profesor avanzó hacia las dos armaduras situadas en un extremo del sótano que formaba casi una pequeña pieza o cuarto aparte.

»¡E1 medallón!

»Colgaba de una pared, como hubiese podido colgar un banderín de recuerdo.

»—¡Ahí está! —lo tomó con alborozo y entregándoselo a Wilfrid añadió—: Escucha… Para pasar ante los demás te servirá, pero está borrado del sistema de seguridad el número de control. Cuando lo verifiques ante el ordenador dará respuesta negativa y ello te convertirá en intruso. Lo tienen programado de este modo para evitar que en la planta se pueda colar gente extraña a la misma.

»—Comprendo. Ya me las arreglaré.

»—Recuerda. Tú no tienes que ir al refugio, sino a mi antigua planta. Allí seguro que no habrá nadie. Hay un segundo laboratorio que es donde se almacenan las pilas. Coge una de larga duración. Yo la graduaré. Date prisa…

»Y Wilfrid salió a escape en pos del helicóptero, único signo de importancia que el profesor se permitió conservar luego de su destitución.

»Samantha le siguió hasta el exterior de la casa.

»—Cuídate, Wilfrid. Cuídate mucho…

»Lo dijo como una novia y sin embargo no lo era.

»En aquel momento sublime, dramático en que la gente se mataba, Samantha ya no pensaba en sí misma. Pensaba en él.

»Y después de dos años trabajando juntos descubrieron el amor.

»Se besaron.

»Los segundos transcurrían raudos, implacables, mortíferos.

CAPITULO V

El profesor Azul en aquel lugar cubierto de vegetación, de pinos gigantescos, de plantas exóticas y olorosas, de césped que parecía recién cepillado, continuaba su relato para información y estudio de sus alumnos I y II.

Las células o elementos que permitían a todos aquella visión retrospectiva de los acontecimientos volvieron a funcionar, o mejor dicho, siguieron funcionando para revivir la incierta odisea de Wilfrid.

¿Conseguiría lograr su objetivo?

¿Lograría la pila atómica?

Y sobre todo..., ¿llegaría a tiempo para que el profesor pudiera manipularla, arreglarla, colocarla de modo que las armaduras, convenientemente cargadas, lograran su misión?

Wilfrid volaba ya, manipulando la palanca especial que imprimía al helicóptero una velocidad casi de reactor de vuelos regulares.

A la hélice normal, se unían dos pequeñas hélices a los lados y una trasera y el artefacto surcaba el espacio en dirección a la planta investigadora subterránea mientras las emisoras seguían transmitiendo los momentos de peligro sin cesar.

En las ciudades, calles enteras parecían abandonadas. Los comercios permanecían abiertos. Sus dueños los habían dejado olvidándose algunos incluso de recoger el dinero de sus cajas registradoras.

Trajes caros, de hombre o de mujer, joyas, perfumes..., todo estaba a merced de un hipotético ladrón.

Un ladrón que apareció.

Un irresponsable, por borracho, que iba haciendo eses por en medio de la calle.

—¡Hip, hip! ¡Vivan los fines de semana! ¡Así da gusto! ¡Todo el mundo se va de excursión! ¡Hip, hip!

Y el borracho, inconsciente del drama, vio pasar por encima de las azoteas el helicóptero de Wilfrid.

—Hip, hip... Y si viene alguno de esos coches súper-rápidos... ¡que se aparte! ¡La calle es mía! ¡Los fines de semana son para la gente normal! ¡Hip!

Y el borracho se detuvo ante la joyería. Relojes, pulseras, joyas, pendientes... Todo, todo estaba expuesto y abandonado.

Una extraña corriente arrastraba los papeles que anteriormente había arrebatado de las papeleras.

Y el silencio... El silencio era tan absoluto que parecía algo

tangible…, que pudiera incluso verse.

El borracho entró en la joyería y comenzó a probarse cosas…, las más dispares…

Cuando salió, una luz de la calle prematuramente encendida y mezclada con la todavía luminosidad de la tarde, hizo brillar un pendentif de pedrería. Una joya de valor. Llevaba también una pulsera y un reloj. Todo brillante.

—¡Je! Incluso lo regalan… Se ve que los negocios marchan.

Unos grandes almacenes de vestir llamaron poderosamente su atención a la vista de varios maniquíes.

Entró. Cuando salió parecía un espantapájaros, poro con ropas nuevas.

Todo le venía ancho, pero era limpio, contrastaba con su barba de dos días, con su tez aceitunada, algo sucia.

El bar fue su tercera visita. En cuanto vio el establecimiento ya no se le ocurrió ir a ninguna otra parte.

Al traspasar el umbral del establecimiento de bebidas, el borracho murmuró:

—Apuesto a que hoy nadie me dirá: «Kleber, ya has terminado tu crédito». ¡Je! Desde hoy sólo beberé los fines de semana. ¡Da gusto! ¡Así da verdadero gusto!

El helicóptero por fin tomó tierra. Había empleado únicamente cincuenta minutos.

La multitud de empleados de la planta científica se agrupaban en la entrada de las vallas metálicas.

El simple hecho de llevar el medallón rodeando el cuello bastaba, en principio, para entrar.

Al ascensor se entraba por turnos. Cuatro aparatos funcionaban sin cesar llevando en cada viaje doce personas cada uno.

En la planta veinte los hombres en hilera pasaban por un estrecho corredor que al final se dividía en dos partes. En el centro, o final de pasillo, estaba la pantalla del ordenador. Cuando el que iba delante mostraba la placa, si su número no estaba registrado, surgía una señal roja seguida de un zumbido intermitente. Y la puerta del lado izquierdo se cerraba herméticamente.

Dos corpulentos guardianes cuidaban de quitar de en medio sin contemplaciones al impostor. Como no había tiempo que perder y éste se perdía cada vez que la puerta se cerraba, los guardianes en cuestión no utilizaban medios demasiado ortodoxos para quitar de en medio al intruso.

Se habían dado ya algunos casos.

En aquel momento, por ejemplo.

—¡No! ¡No! —gritaba uno—. ¡Quiero salvarme! ¡Dejen que me salve!

Los férreos brazos de los guardianes elevaron al hombre en vilo y lo condujeron hacia el otro corredor.

—¡No! ¡No! —seguía el hombre.

El otro corredor seguía hasta la escalera de mano que subía las veinte plantas. Si los gritos o el forcejeo del impostor proseguían, los guardianes utilizaban sus enormes porras, o sus revólveres, lo que viniera más a mano, y luego arrojaban al intruso en el hueco.

El hueco parecía un piso sin fondo. Era simplemente un depósito de desperdicios que periódicamente se inmunizaba. Todo lo arrojado en él, por medio de unos gases similares —pero de mayor envergadura— de los utilizados en la limpieza casera, volatilizaba los residuos.

Al fondo del pozo se encontraban ya varios cadáveres que pertenecían a impostores que habían querido salvarse utilizando medallas caducadas, procedentes de antiguos empleados de la planta, o de familiares muertos, y a unos y a otros se les había borrado la clave del ordenador y por lo tanto la medalla, aun siendo idéntica a todas, sólo permitía cruzar las vallas metálicas, pero jamás penetrar en aquel sagrado santuario de la ciencia.

Wilfrid estaba impaciente. Había una enorme cola. A él no le importaba guardar turno, pero sabía que su tiempo era precioso. Tenía que entrar, encontrar la pila, salir de nuevo y regresar... ¿Cuánto quedaba?

La explosión final podía producirse en cualquier momento.

Impaciente, trató de abrirse paso.

El amplio corredor entre las vallas metálicas, ya dentro del recinto y que normalmente permitía la circulación de un vehículo de ida y otro de vuelta, ahora era una compacta masa humana.

No le permitía pasar. Nadie podía anticiparse a otro, colarse por entre los demás.

Wilfrid veía consumirse los segundos.

—¡Urgente, urgente, servicios especiales! —gritó para llamar la atención, pero nadie le hacía caso. No había urgencias. Todo eran urgencias. Las prioridades quedaban automáticamente suprimidas ante el inmediato fin del planeta.

Los altavoces de los aparatos transmisores anunciaron :

—¡Una hora! ¡Se calcula en una hora el tiempo que queda!

Wilfrid echó un vistazo en derredor.

Tras el corredor, entre alambradas, había otro vacío. No conducía a la entrada principal y por lo tanto nadie lo utilizaba porque no llevaba a la salvación.

«No hay salvación —pensó Wilfrid—. No la hay. Todo quedará destruido. Todos morirán. El profesor Von Falenger lo sabe... Ellos, no. Luchan por la supervivencia, pero es inútil.»

Tampoco habría habido forma de convencerles. Tampoco Wilfrid podía hacer nada por los demás.

Alcanzó la valla y trepó con la habilidad de un consumado deportista.

«Está loco», debió pensar alguno, pero tampoco era nada extraño en aquellos momentos. Muchos habían enloquecido ya... Y enloquecerían aún.

Wilfrid alcanzó lo alto de la valla trepando con una maña que un mono hubiese envidiado y corrió a lo largo del corredor secundario.

Llegó al lado mismo de la puerta, aunque la valla le impedía pasar.

La trepó de nuevo y se dejó caer entre la multitud golpeando cabezas, hombros y brazos.

—¡Eh, fuera! —gritaron, y otras cosas más ininteligibles.

—Emergencia de la superioridad. Cedan paso. —Y tuvo que golpear, que empujar.

Un musculoso guardián de dos metros de estatura y noventa kilogramos de peso, todo músculo, se plantó ante él con los brazos en jarras.

—¡No hay prioridades!

—¡Es una orden de Van Dooren! —exclamó recordando el nombre de uno de los jefes..., aunque para el caso no importaba. Van Dooren podía ser cualquiera y no podía ser nadie. Los guardianes no los conocían a todos.

—Si el ordenador le deja pasar. ¡Por mí...! —y el gigantón se encogió de hombros.

Quitó el puesto de uno en el ascensor, pero sabía que con ello no perjudicaba a nadie. Después de todo, todos olían ya a cadáver... Se convertirían en materia muerta cuando empezaran las explosiones.

Pero a Wilfrid le faltaba pasar la prueba de la planta veinte. La del ordenador que forzosamente tenía que rechazarlo, pero el único camino era aquél...

Bajó mezclado entre otros once empleados de la planta.

Llegaron.

Abajo siempre había cuarenta y ocho aguardando en el largo corredor.

La ordenación se hacía rápida.

Había otro intruso de los que no se resignan a ser expulsados. Sonaron disparos y se oyó un grito. Nadie se inmutó. Allí todos iban a lo suyo. A salvarse sin contar con los demás... A salvarse cada cual individualmente.

El cuerpo del intruso cayó por el hueco.

El turno de Wilfrid se aproximaba. Habían pasado ya la mitad. Luego fue acortándose. Acortándose.

Veinte personas, diecinueve.

Los segundos volaban. Le quedaban únicamente cincuenta y cinco minutos para su trabajo. ¡Y regresar!

¡Y las emisoras habían anunciado como tiempo probable una hora!

Dieciséis personas, quince... Todo seguía en orden y se llegó a la once.

El corredor se hacía corto por momentos.

Ocho, siete, seis personas.

El ordenador seguía confirmando la autenticidad de los portadores del medallón repitiendo el número en signos blancos tras un fondo verdoso.

Cuatro, tres, dos. Uno...

Le tocaba a él. Se colocó frente a la pantalla.

CAPITULO VI

La señal roja, seguida del intermitente y la puerta cerrada, indicó a los guardianes que Wilfrid era otro intruso.

—Fuera —masculló uno, y avanzaron los dos con ánimo de sujetarle.

Wilfrid no tenía más remedio que atacar para defenderse. Al ver avanzar la mano zurda de uno de los guardianes, hizo un quiebro y la sujetó contra su pecho. Era la llave más elemental del judo.

Aprisionada la mano del guarda, retiró la pierna izquierda hacia atrás flexionando rápidamente la siguiente. El guarda quedó momentáneamente indefenso. Con la rodilla y en golpe menos ortodoxo le desarmó del revólver.

El otro guarda iba a golpearle utilizando el karate. Wilfrid empujó al primero contra el suelo. La mala posición del uniformado hizo que cayera de espalda y diese tiempo a Wilfrid a ocuparse de su segundo enemigo.

Evitó el golpe con una contrallave y el segundo guardián dio una grotesca voltereta soltando un grito. Wilfrid accionó de modo que los dos eventuales enemigos chocaran entre sí. Se hicieron un lío y entretanto, ajenos a la breve pelea, los candidatos a la salvación iban identificándose ante el ordenador.

Wilfrid no continuó la lucha. Le bastaba habérselos quitado de encima. Vio la puerta del corredor abierta y se precipitó hacia ella.

Pasó junto a uno de los candidatos.

—|Un intruso! —gritó un guardia.

—|La alarma! —adujo el otro.

—|Y qué más da! ¡No podemos perder tiempo!

Era cierto. Uno que hubiera conseguido colarse no significaba un problema. Sin embargo, el problema para Wilfrid existía. Era de tiempo.

Con todas sus fuerzas, se desvió del corredor para meterse en el hueco central del edificio subterráneo. Puesto que los ascensores estaban ocupados, sólo tenía un método de llegar a la última planta. Deslizarse por uno de los tubos del ascensor. Ni siquiera lo pensó. Se lanzó como un acróbata y sujeto al tubo dejó que la grasa le ayudara a deslizarse, si bien tenía que procurar no desprenderse ya que una caída a aquella altura hubiera sido mortal.

Llegó abajo y trató de orientarse.

Encontró en seguida el corredor de paredes lacadas en blanco, luminoso, y corrió a través de él. Probó puertas cerradas herméticamente. Recordaba que Von Falenger le había dicho que

estaba al final, y allí lo encontró. La puerta estaba cerrada, pero la palanca manual para su apertura estaba a un lado; la utilizó. La puerta se retiró a un lado franqueándole la entrada.

Rápidamente se introdujo dentro. Todo estaba desierto, solitario.

Del antiguo lugar de trabajo de Von Falenger llegó al depósito de pilas. Era el lugar donde se cargaban y probaban. Buscó en el almacenaje. Tomó primero una, pero lo pensó mejor y cogió dos.

Las pilas eran cajas cuadradas, pequeñas, casi del tamaño de una caja de fósforos de los de chimenea, todavía se fabricaban algunos modelos de ese estilo. Las cajas pudo metérselas en el bolsillo para iniciar seguidamente la salida. Era, si no difícil, por lo menos laborioso. Faltaban solamente cuarenta y cinco minutos. Lo había realizado todo en un espacio de tiempo realmente inverosímil, sin embargo para él era tarde. Muy tarde. Quizá demasiado tarde.

Describir las peripecias de la salida resultaría tan arduo como inútil, porque lo que verdaderamente importaba estaba en si conseguiría o no llegar a tiempo.

Utilizó la escalera normal, luego la plataforma de un montacargas que normalmente era usado para el transporte de piezas pesadas. Por fin uno de los corredores de salida completamente desierto porque todo el mundo era la entrada lo que quería usar.

Al recorrer distinto camino no se cruzó con los guardias y al fin respiró al salir de nuevo a la superficie.

Sin embargo, el éxito inicial de su arriesgada aventura contra reloj quedó empañado por la voz del locutor que informaba: —Última advertencia. Última advertencia. Cuarenta minutos. Cuarenta minutos...

Aquellas palabras resonaban en sus oídos como un martillo.

Alcanzó el helicóptero y encontró dificultades al ponerlo en marcha. Algo se había encasquillado, algún mando no funcionaba.

¡Oh, sí! Era su estado nervioso lo que le impedía el total despliegue de sus reflejos, de su talento.

Al fin el helicóptero remontó los aires. Abajo, a ras de tierra, continuaba la cola de candidatos a la supervivencia.

Wilfrid pensó que su vida también pendía del tiempo. Estaba tan al aire como la, suya, como la de Samantha...

Diez minutos antes de la llegada experimentó aquella sensación de silencio...

Sí. Fue el preámbulo de lo que iba a suceder.

Se sucedieron otro par de minutos...

Cinco. Y a lo lejos vio la gran mancha roja, amarilla, multicolor, seguida de la humareda terrible, criminal, que se elevaba hacia el cielo.

Otra sorda y lejana explosión y el cielo se oscureció

momentáneamente para volver a tomar aquel color ceniciento, plomizo, que parecía haberse querido sumar a los acontecimientos.

El horizonte quedó invadido con aquellas terribles explosiones.

El detector especial anunció la proximidad de la radiactividad.

Sin embargo entonces...

Entonces fue cuando Wilfrid descubrió aquellas extrañas naves sobrevolando el cielo, a un kilómetro por encima de su cabeza.

En el oscilógrafo correspondiente quedó registrado el paso de las naves.

De nuevo el cielo oscureció repentinamente, fueron sólo décimas de segundo.

La guerra nuclear era ya un hecho.

Suspiró más aliviado al ver a lo lejos los montes y en la explanada, en un paisaje tranquilo y bucólico, el chalet del profesor Von Falenger.

Pulsó con energía los mandos, como sí con ello pudiera sacar mayor velocidad al aparato.

Bajo el cielo, aquellas dos naves que había visto minutos antes tomaron repentinamente un cambio de rumbo. Lo hicieron de forma brusca, como si, sin detenerse en absoluto, pusieran marcha atrás. Igual que un tren de juguete que puede dirigirse a distancia y darle la marcha que se quiere pulsando únicamente una palanquita del reostato.

Pero en aquellos momentos Wilfrid no se hallaba en situación de hacer averiguaciones. El peligro de radiactividad iba a crecer por momentos... Sabía que el aire se impregnaría de gases cuando fuera soltada la cadena de las nuevas y definitivas armas.

—¡Está aquí, está aquí! —gritó Samantha, al ver cómo Wilfrid descendía rápidamente del helicóptero.

El profesor acudió rápido y desde la puerta, antes de que Wilfrid llegara, ya le pidió:

—¡La pila! ¡Rápido!

El las llevaba en la mano.

—He traído dos...

—Voy a graduarlas. Bajad rápidamente.

El profesor se puso a trabajar con premura. Todo estaba listo. Todo a punto.

En lo alto de la escalera, junto a la trampa del suelo por donde se descendía hasta el improvisado laboratorio, Samantha y Wilfrid se miraron a los ojos, se abrazaron instintivamente. Luego fue ella la que en un murmullo manifestó: —Él se va a quedar.

—No es justo —murmuró Wilfrid.

—Debe haber algún medio para que se salve —musitó Samantha.

—No. No lo hay. Sólo tiene dos armaduras.

—¡Dios mío! ¡Nos va a salvar a costa de su propia vida!

—¿A qué esperan? —gritó Von Falenger.

Bajaron precipitadamente.

—¡Sólo con la camisa, Wilfrid! Samantha va bien como está. Vamos, entrad. Hemos perdido ya un tiempo precioso.

—Profesor... —murmuró él—. Sería precioso que eso diera resultado. Sí... Sería algo fantástico... encontrarme de nuevo con Samantha al cabo del tiempo... Empezar de nuevo, pero no es justo. Usted es el inventor. Es un genio y es usted quien debe vivir.

—¡No! Yo ya soy demasiado viejo.

—¡No lo será cuando salga de aquí!

—Y eso qué importa. Ya he vivido, Wilfrid... Ya he vivido. Vosotros estabais empezando... en la que podía ser la mejor de las épocas, pero que han acabado convirtiéndola en un infierno.

El dudó. Era terrible tener que elegir entre la propia vida y la de otro. Pero Von Falenger ya lo había hecho.

—Escucha, Wilfrid. Si esto funciona y ocurre como la otra vez..., cuando salgas de aquí serás tan inteligente como el que más. Mucho más de lo que yo pueda serlo ahora, ¿comprendes? No importa quién sea el que sobreviva. Es la especie. La especie... ¡Vamos, de prisa!

El profesor, entre sus cachivaches, tenía un viejo armatoste sobre la mesa. Era un contador modelo Geiger. ¡Estaba señalando ya la proximidad de las radiaciones!

—¡De prisa! —gritó.

Samantha ya estaba dentro. Von Falenger empujó a Wilfrid y cerró rápidamente las armaduras, que ya habían sido provistas de las correspondientes pilas.

Sólo faltaba dar unas vueltas a una palanca, conectar a la potencia justa el neutralizador para que todo saliera igual que en la prueba inicial.

Von Falenger se sintió desfallecer. Le faltaban fuerzas para realizar los últimos toques. Si no lo conseguía, el efecto neutralizador quedaría logrado, pero la mente al despertar quedaría en estado primitivo.

Pulsó la palanca. Iba un poco fuerte. No podía, no podía...

Avanzó hacia el computador para maniobrar de otra forma. Dio un traspiés y alargó la mano derecha.

Si lograba tocar el botón... El azul..., el de la izquierda.

Sintió una sensación de ahogo. Tal vez la mezcla de gases de la nueva arma.

Un paso más...

Sólo un paso...

Cayó de rodillas.

Sus dedos casi rozaron el botón, pero no podía, no podía...

Cayó hacia adelante, de bruces.

CAPITULO VII

—¿Pero tocó o no tocó ese botón? —preguntó el número I que había vivido retrospectivamente la angustiosa escena.

El profesor Azul lanzó un suspiro.

—Bueno, señor. No nos tenga en vilo. Ha sido muy emocionante... ¿Cómo termina?

—No lo sé —murmuró el profesor.

—¡Pero... podemos verlo! —protestó el número I.

—No hay nada más que ver de momento. La escena termina cuando el profesor Von Falenger cayó..., sin haber logrado alcanzar ese botón...

—Entonces..., ¿qué fue de esa pareja de humanos? —quiso saber el alumno número I.

—Humm. Dejémoslos de momento. Tened en cuenta que esto ocurrió hace trescientos años de la cuenta de los terrícolas. Ahora interesa más el asunto que motivó la destrucción de la Tierra. El error fatal que fue la causa de que las naciones se destruyesen unas a otras.

—¡Es verdad! ¿Qué clase de error? —preguntó el número II.

—¿Y esas dos naves que vio Wilfrid antes de llegar a la villa campestre del profesor Von... Von... Von no sé cuántos?

—Ahí está la cosa... —murmuró el profesor Azul y su voz pareció tomar un ligero aire festivo que en seguida rectificó—. Bueno... La cosa no es broma. La muerte de millones de seres vivos nunca puede ser temada a la ligera. Sin embargo, contemplando el aspecto de las cosas desde nuestro tiempo y nuestra situación, no deja de tener su lado grotesco... ¡Destruirse a sí mismos por un error!

Reconoció que:

—Claro que de todos modos se esperaba. Pero lo grotesco no está en el error en sí, sino en el hecho de querer morir matando. Porque el resultado hubiera sido exactamente el mismo. Bastaba que una nación empezara...

El número I adujo:

—¿Y ha desaparecido ahora la radiactividad y los gases letales?

—Pues, según mis cálculos, desaparecieron casi instantáneamente. Bueno, quiero decir instantáneamente después de haber conseguido sus efectos mortíferos. Me explicaré.

Tras una pausa, el profesor Azul relató:

—Para el planeta Tierra la radiactividad y los gases de la nueva bomba destruían teóricamente todo el sistema de vida. Sin embargo, para otros cuerpos como los de nuestro habitáculo, por ejemplo, ningún gas, ni ninguna clase de radiactividad puede entorpecer

nuestro crecimiento. Tal como dije al principio nuestras células lo absorben todo. Se alimentan con todo sin desperdicio de ninguna clase... Y esto es lo que sucedió en la Tierra, ¿Recordáis aquellas naves que vio Wilfrid?

—Ya decía yo que tenían que ver! —exclamó el número I.

—Pues, sí. Eran gloriosos antepasados nuestros, antes de producirse las mutaciones. Viajaban por estudios, y unas cuantas naves en distintos puntos del planeta se hallaban presentes cuando ocurrió la autodestrucción. Ese fue el error de los técnicos. Confundir nuestras naves con enemigos de su propio planeta.

—Entonces... nuestros antepasados son los responsables —adujo el número II.

—¡Oh, no! —protestó el profesor—. El viaje era en son de paz. La culpa es siempre del que comete el error. Hay que estar bien seguro antes de destruir algo...

»E1 caso es que se produjo ese error; sin embargo, nuestras naves eran capaces por sí solas de absorber todos los gases y sustancias nocivas producidas por aquella guerra nuclear.

»Naturalmente, no podían absorberlas de golpe y esto hizo que en casi todo aquel mundo la mortandad fuese total, pero no así en las zonas donde más próximas se hallaban nuestras naves. En determinados lugares, y debido también al clima de absoluta vegetación, la gente (alguna gente) siguió viviendo... Pero se trata de gente distinta.

—¿No eran todos iguales en ese planeta? —preguntó el número II.

—¡Oh, sí! Estructuralmente sí, pero existían razas.

Ellos las llamaban razas, y la que sobrevivió es una especie poco conocida.

—¿Podemos ver a esos terrícolas ahora? —quiso saber el número I.

—Humm. Pues no sé... Les he perdido la pista. No hay nada que se sepa acerca de ellos.

—¿Y la pareja puesta por el profesor Von... Von...? —empezó el número I.

—La pareja que ocupaba las dos armaduras sigue ahí... La graduación de las pilas era de tres siglos terrestres. Precisamente, si hoy os he hablado de esto es porque se cumple el plazo.

—¿Hoy? —preguntaron a coro los dos alumnos.

—Hoy, hoy —repitió Azul.

—Pero, ¿hoy se abrirán las armaduras? —inquirieron de nuevo los dos al unísono.

—Pues, sí. Y no falta mucho. ¿Os gustaría ver lo que va a ocurrir?

—¡Claro que nos gustaría! —espetó el número I.

—De acuerdo, utilizad vuestro visor del presente. Concentraos...

Las armaduras están en el mismo sitio donde el profesor Von Falenger las dejó en el sótano de su villa.

—¿Pero… no quedó destruida? —preguntó el número II.

—Míralo tú mismo. ¿Es que no estás suficientemente concentrado? —inquirió el profesor.

—¡Oh, sí, sí! —dijo el número II—. Ahora lo veo.

Y tras un silencio fue el número I quien murmuró

—¡La casa casi ha desaparecido!

—Bueno. Tened en cuenta que trescientos años terrícolas es muchísimo tiempo. De todos modos, algo queda en pie.

—¡Ya veo las armaduras! —aseguró el número II.

—Pues estad atentos, si mis informes son exactos ahora mismo van a abrirse.

Alumnos y profesor concentraron la atención en aquel hecho único que iba a producirse sin testigos terrícolas.

CAPITULO VIII

La pila atómica de una de las armaduras concluyó su misión. La coraza metálica quedó abierta y en ella apareció Wilfrid.

Parpadeó y miró en torno suyo.

Había césped, vegetación y se percibía un rumor de vida, tal vez el aire...

El cielo era limpio, azul. Lucía el sol que ocultaban altas coníferas.

Wilfrid avanzó contemplándolo todo a su alrededor. No se preocupó de dónde había salido. Todo era nuevo, digno de ser admirado. Sintió deseos de dar un salto y lo hizo. Corrió unos cuantos metros hasta detenerse en un arroyo. El agua saltaba transparente, cristalina. Como si fuese agua virgen, recién surgida de un manantial. Se inclinó y bebió con la palma de la mano.

El profesor Azul comentó:

—Actúa como lo haría un recién nacido si estuviera en la plenitud de sus facultades...

—Era de suponer... El profesor no tuvo tiempo de accionar la palanca... ¿Qué ocurrirá ahora?

—Pues más o menos... será como la vuelta al primer hombre sobre la tierra. Tendrá que apañárselas solo. Tiene entendimiento, un cerebro que funciona a todo rendimiento, es ágil... Pero va a ser dura la vida para él. Por cierto..., la pila de la otra armadura se retrasa.

En aquel momento sonó el chasquido. La armadura de Samantha se abrió y la muchacha, ligeramente más tarda en reflejos, abrió los ojos y se quedó un momento inmóvil en aquel ataúd metálico. Luego salió. El se había vuelto y la miró con curiosidad.

Al cabo de un silencio se aproximaron los dos. El uno al otro.

—Se comprende el retraso..., con las prisas. Von Falenger no calculó a la décima, pero esas pilas sí fueron un gran descubrimiento...

—Mire, mire, profesor —dijo el número II al ver que la pareja estaban ya el uno frente al otro.

—¡Oh, sí! Se miran y se extrañan el uno al otro. No se conocen, pero saben que son iguales, que forman la misma especie. Eso no tienen que decírselo.

—¿Y hablar? —inquirió el número I—. ¿Hablarán?

—Es cuestión de esperar y oír... Quizá de momento no..., pero el subconsciente les recordará algo y entonces dirán las cosas por los mismos nombres que utilizaban tres siglos atrás.

En aquellos momentos Adán y Eva siglo XXIII sonreían.

El profesor Azul murmuró:

—¿Lo veis? Ya son amigos. Se han comprendido. Una sonrisa en la Tierra es una invitación a la amistad...

Wilfrid y Samantha se habían cogido de la mano.

Ella amplió su sonrisa hasta convertirla en franca carcajada.

El reía también y ambos corrieron como una necesidad material de entrar en movimiento, de poner a prueba sus músculos.

Eran hermosos, los dos. Más que antes de entrar en las respectivas corazas. Wilfrid parecía más viril, más atlético, se le había acentuado su poder musculoso.

Samantha tenía más sinuosas las curvas de su cuerpo, más proporcionadas. Su piel resultaba igualmente más aterciopelada, su sonrisa más fresca, más lozana; su cabello, como antes, pelirrojo, largo, sedoso.

Se perdieron por el bosque sin senderos, borrados por la vegetación que había crecido cuando la tierra tornó a ser productiva y las semillas fructificaron de nuevo...

Sus risas resonaban ante la paz del lugar. Corrieron horas y horas...

El cansancio natural les venció y se tumbaron sobre el césped a una sombra junto a un manantial que manaba agua por la abertura entre dos rocas.

No habían dicho nada, pero parecían comprenderse...

De pronto, y cuando los latidos del corazón de Wilfrid recobraron el ritmo normal, observó su brazo izquierdo. Llevaba el reloj. Un reloj automático que no había detenido su marcha a través de trescientos años. Señalaba las dos.

Las dos de la tarde.

Lleno de curiosidad Wilfrid acercó la esfera al oído y percibió el intermitente tictac.

Sus ojos expresaron la misma sorpresa y agrado de un niño. Hizo que ella lo probara y entonces Samantha observó que también tenía uno de aquellos aparatitos.

Marcaban ambos la misma hora, con la diferencia de tres minutos...

—Buena propaganda para una casa de relojes —dijo el profesor Azul—. Un minuto por siglo de diferencia es un récord que decían antes en ese planeta. Lástima que de momento no puedan comunicarlo a nadie... ¡Oh! ¿Dónde van ahora?

Se habían puesto en pie y miraban en derredor. Parecían súbitamente preocupados.

—¡Ya comprendo! —explicó Azul a sus alumnos—. Tienen hambre. Han descubierto el hambre.

Wilfrid se había puesto en cuclillas oliendo la hierba.

—Buscan algo comestible —añadió el profesor.

Ella señaló un ave que volaba.

—¡Estas tampoco han muerto! —dijo el número II refiriéndose al ave.

—¡Oh! Misterios de la naturaleza de la Tierra. O tal vez sea producto de una nueva especie de pájaros. Eso ya no lo sé...

Wilfrid buscó algo en el suelo. Una piedra. La arrojó, pero naturalmente el pájaro consiguió esquivar y el joven puso mohín de contrariedad.

Tras otro par de intentos, levantó los brazos en señal de impotencia.

Entonces descubrió el revólver. Estaba en el suelo, lleno de óxido, rojizo y rasposo. Un revólver que Dios sabe cómo había ido a parar a aquel lugar.

De forma casi instintiva accionó el gatillo, pero estaba totalmente encasquillado. Iba a tirarlo, pero sin duda algo le dio que pensar.

Hizo un gesto a la muchacha, como diciéndole: «Tú espera».

Corrió con la agilidad del gamo hasta volver de nuevo de donde había salido.

—¡Claro! —exclamó Azul comprendiendo—. Se ha acordado de algo... ¡Justo lo que pensaba!

En la parte baja de la escafandra había un arma. Un fusil automático.

—¿Qué hace eso ahí? —preguntó el número II.

—Debió ponerlo el profesor Von Falenger antes de encerrarles a ellos en las armaduras..., como prevención. Nadie en aquella época era capaz de vaticinar en lo que podían encontrarse esas criaturas...

Wilfrid ya tenía el fusil, ligero, corto, automático y corrió de nuevo al encuentro de la muchacha.

Esperó allí el paso de otro pájaro, apuntó y disparó. Salieron varias balas en ráfaga y el ave cayó. Ella dio un salto de alegría, mientras Wilfrid colocaba el fusil en posición de disparo tiro a tiro.

—¿Qué hace y por qué? —preguntó el número II.

—Cambiar el sistema de disparo. Es otra cosa que hace por intuición. La recuerda sin saber de qué. Sabe que tiene que hacerse así y lo hace.

—¡Es asombroso! —exclamó el número I—. Y hasta emocionante... Volver a vivir al cabo de tanto tiempo, sin recordar para nada los malos momentos... porque en ese planeta, por lo que llevamos estudiando, abundan más los malos ratos que los buenos...

Samantha había recogido el ave y la miraba un tanto triste; luego se fijó en el fusil. Parecía no gustarle haber tenido que privar al ave de su vida.

El asintió comprensivo y se encogió de hombros como queriendo decir:

«De algo tenemos que vivir.»

Hizo fuego utilizando un mechero conservado intacto. Era un encendedor a gas que sacó una bonita llama con la que asaron el ave.

La comieron allí cerca del arroyo. Los saltos de algunos peces dieron una idea a Wilfrid que se dispuso a pescar sin caña, utilizando las manos. Consiguió cuatro bonitos ejemplares que completaron el banquete.

Luego bebieron agua por el mismo procedimiento de ahuecar la palma de la mano.

—Son felices. Viven en estado primitivo, pero en la plenitud de su inteligencia —murmuró el profesor Azul.

Descansaron otra vez mirándose a los ojos con significativa insistencia.

Wilfrid terminó acariciando el pelo a la nueva Eva. Ella entornó los ojos expresando satisfacción, gozo.

Era el inicio del amor. Lo estaban descubriendo lentamente.

—Y además se gustan —exclamó Azul—. ¡Hummm! Esto va más de prisa de lo que pensaba.

Los alumnos sonreían porque la pareja había pasado de la caricia a la acción.

Se estaban besando abrazados. Muy abrazados.

*

—No sé la noción que tiene esa gente —dijo el profesor Azul— de lo que es un paraíso. Tal vez lo imagina como un jardín fragante, mucho exotismo y un paisaje de belleza excepcional… Ya veis que en donde se hallan ahora Wilfrid y Samantha es un lugar bastante corriente e inferior de donde estamos nosotros. Pero si llegan a recordar los últimos tiempos de su siglo en que todo estaba supermotorizado y supermecanizado esta vida de ahora les tiene que parecer realmente paradisíaca.

Anochecía ya en la tierra, en ese pedazo de tierra de Wilfrid y Samantha que iban descubriendo poco a poco.

Sin embargo, donde se hallaban el profesor y sus dos alumnos seguía luciendo el sol. El mismo sol tal vez que el del planeta Tierra.

A través de su visor del presente todos podían ver a la pareja que había buscado un lugar entre la maleza para descansar durante el transcurso de la noche terrícola.

Todo respiraba la misma calma. A sus oídos llegaba el rumor del agua saltarina y hasta el trino de algún pájaro nocturno, alegre, movedizo.

Tanta dicha les hubiese parecido imposible a los hombres del siglo XX, porque el campo se hallaba casi contaminado, la atmósfera era

irrespirable en todas partes y el ambiente cargado de electricidad.

Sin embargo la felicidad completa se demostró que tampoco podía existir ni siquiera trescientos años después…

—¡Mire, profesor! ¿Qué es aquello? —inquirió el número II.

La pareja se había dormido ya y no podían oír aquel rumor de voces, aquel clamor lejano…

—¡Oh! —exclamó Azul al mirar hacia el punto de donde procedía el ruido característico de la multitud.

—¿Qué es? —preguntó ahora el número I.

—¡Los otros! —exclamó el profesor—. ¡Los supervivientes! Fijaos en ellos… Son distintos. No son como Wilfrid y Samantha. Son parecidos, pero distintos.

—¿Mutaciones? —inquirió el número II.

—No sé…, proceden de un lugar que incluso cuando la Tierra fue exterminada, nadie lo había descubierto todavía.

—¿Existían seres ignorados por sus propios congéneres en aquel entonces? —preguntó asombrado el número II.

—Pues sí, jovencitos…, existían seres… Los hombres de la Tierra se preocuparon mucho de viajar hacia las estrellas… Y casi lo consiguieron, pero… dejaron mucho que aprender de su propio planeta. —Y el profesor fijó su atención en los recién aparecidos.

—¡Son bastantes y viven en estado salvaje! —exclamó.

El rumor crecía por momentos.

En la oscuridad, las llamas de unas antorchas en algún punto indeterminado del planeta oscilaban y a través de su difusa y claroscura luz, aquellos extraños seres se movían de un modo fantasmagórico. Irreal…

CAPITULO IX

Había amanecido de nuevo. Wilfrid y Samantha llevaban horas andando, descubriendo cosas nuevas.

Les extrañó ver unas ruinas. En aquellos momentos ignoraban que procedían de otras villas campestres, lejos ya de la del profesor Von Falenger. Las examinaron.

Samantha descubrió una antigua bicicleta.

—[Je! —exclamó Wilfrid examinando el artefacto. Se fijó bien en las ruedas, en los dos sillines y en los dos manillares.

Se trataba de un vehículo para dos, un tándem.

Wilfrid reflexionó unos instantes y al fin sonrió como si acabara de hacer un descubrimiento importante. Subió y colocó los pies en los pedales. Al principio le costó un poco mantener el equilibrio y hasta se cayó.

Samantha se echó a reír con ganas. Wilfrid se puso muy serio y volvió a subir. Quería demostrar que podía hacerlo.

Claro está que el irregular nivel del suelo, con subidas, bajadas, desmontes y demás impedía que el equilibrio pudiera mantenerse completo. No obstante, tras un tercer intento, se aguantó bien. Y fue a buscarla.

Ella comprendió que podía ir detrás y subió.

Pedalearon los dos sin enseñanza previa. Nuevamente el subconsciente les hacía recordar visiones pasadas, y les instruía sin palabras de lo que ya tenían olvidado.

La ruta fue larga y divertida. A los dos les encantaba aquel medio de locomoción que les ahorraba energías.

Descansaron más tarde, al término de las horas. Unas horas que no contaban para ellos porque ni siquiera miraban el reloj.

De un cañizal encontrado al azar Wilfrid cortó unas cañas, luego pequeñas ramas de árbol que pulió con el canto de una piedra. ¿Qué hacía? Eso parecía preguntarse Samantha.

Al fin dejó concluido un arco. Pulió algunos tronquitos para que le sirvieran de flechas y con ellas cazó otro pajarraco para comer.

Samantha rio. Le pareció, sin duda, menos criminal acabar con uno de aquellos animales sin utilizar el fusil.

Comieron.

Al atardecer seguían su ruta. Wilfrid acababa de inventar la caña de pescar... Para que los peces picaran tomó algunos bichos que se movían por el suelo. Gusanos. ¡También existían gusanos!

Algunos peces picaron.

Así terminó el segundo día, tras la cena. Luego hubo una sesión de

amor. En eso iban adelantando bastante.

*

En algún lugar las sombras fantasmagóricas de unos extraños seres moviéndose entre los claroscuros de la luz de unas antorchas seguía imponiendo una nota misteriosa y amenazante en la paz del paraíso.

Gritos extraños se confundían con los cantos de aves nocturnas.

Ellos, cansados por el deambular del nuevo día, volvieron a descansar con la paz y relajamiento de los sin problemas, de los que tienen la conciencia tranquila, de los que no viven atosigados por el diario quehacer… No tenían que ir a ninguna oficina, a ninguna obra, a ningún taller. No tenían más deberes que el de procurarse su propio sustento.

Un tam-tam resonó por el espacio, bajo un cielo límpido, azul, en el que brillaban como siempre millones de estrellas.

El tam-tam proseguía…

Y volvió el alba.

Y continuó el peregrinar de Wilfrid y Samantha.

Fue un mal día para la caza. Wilfrid falló varias veces y Samantha iba a recoger las improvisadas flechas que no habían alcanzado su objetivo.

Wilfrid, cansado, utilizó de nuevo el fusil. Un ave cayó a los pies de la muchacha alcanzada en la cabeza que había sido destrozada y ella volvió a sentir aquella infinita piedad.

El profesor Azul, más tarde, mientras la pareja terrícola compartía la comida tras el asado, murmuró:

—Las hembras de la especie siempre han sido igual. Fijaos. Sienten compasión por los animales, pero a la hora de comer no se quedan atrás…

—¿Y por qué comen? —preguntó el número II.

—¡Oh! La vida de ese planeta siempre ha sido así. No absorben las sustancias y gases naturales como nosotros u otros. Ellos necesitan alimentos… hasta que se conviertan en mutaciones y entonces puede que utilicen otro sistema de vida, pero el organismo… hummm… El organismo suyo está constituido de este modo. No hay que criticarlo tampoco.

Tras la comida Samantha y Wilfrid continuaron el paseo, descansando del tándem quizá por deseos de hacer ejercicio.

Ella lanzó un grito horrible y quedó como paralizada.

—¡Vaya! —exclamó Azul viendo de lo que se trataba—. Fijaos. Ha visto una serpiente.

Sí. En efecto, una larga serpiente enderezada parecía presta a lanzarse contra la muchacha.

Era una especie nueva. Seguramente los doctores en zoología del siglo XX habrían necesitado de algún tiempo para averiguar su procedencia y características, pero se trataba de una serpiente tal y como conocían a esos reptiles los hombres de la época.

Wilfrid con un ademán indicó a Samantha que se apartara. La protegió con su propio cuerpo.

El reptil atacó, como si el hecho de que Wilfrid protegiese a la mujer le hubiese indignado.

En un momento la larga serpiente se enroscó en el cuerpo de Wilfrid.

—Tiene mucha fuerza —explicó el profesor—. Puede matarle. Si se le enrosca al cuello está perdido.

—¿De qué les habrá servido mantenerse en estado neutro durante trescientos años? —murmuró el número I.

—Sí. Sería una muerte estúpida, en verdad —admitió el profesor.

En el bosque la lucha proseguía. Hombre y reptil rodaban ahora por el suelo.

Las fuertes manos de Wilfrid trataban de estrangular la cabeza de la serpiente que sacaba una larga y viperina lengua.

—Las hay venenosas —dijo el profesor—. Una mordedura puede ser mortal.

La agilidad de la serpiente era manifiesta, pero quedaba contrarrestada por la fuerza de Wilfrid.

Consiguió apartarla de sí. Pero el reptil seguía enroscándose por la cola en sus brazos.

La lucha era atroz, a muerte.

Desde el suelo, Wilfrid trataba ahora de sacudirse aquel enroscamiento que prendía en todas partes, pero sin dejar de apartar de sí la cabeza del reptil.

El animal perdía fuerzas por la presión que ejercía Wilfrid sobre él.

Consiguió incorporarse y viendo cerca de sí una de las improvisadas flechas se inclinó sin dejar la lucha.

Con una de esas flechas trató de pinchar la dura piel del animal, pero no consiguió su objetivo.

El cuerpo del reptil se removía, debatiéndose. Wilfrid aumentó su presión.

En un esfuerzo supremo consiguió alejarla de sí.

La serpiente, sin embargo, seguía viva. Con una piedra Wilfrid aplastó su cabeza de un certero golpe. Ella le ayudó con nuevas piedras hasta que la dejaron inmóvil, cubierta totalmente.

—¿Estás bien? —murmuró Samantha con una voz que no parecía surgida de su persona.

Le había salido espontánea por primera vez desde que salieron de

la armadura.

Ella misma quedó maravillada de su propio sonido. El la miraba casi incrédulo.

—¿Estás bien? —repitió ella acompañando su pregunta con una larga sonrisa.

—¡Oh..., oh! Sí... —asintió Wilfrid.

—¡Hablan! —exclamó el número I.

—Ya os dije que lo recordarían —repuso a su vez el profesor Azul.

Aquella tarde, el tándem les llevó a un lugar nuevo. La vegetación había quedado cortada por una ancha cinta de asfalto.

Era una autopista.

*

Allí circular resultaba mucho más fácil.

El tándem se deslizaba sobre el asfalto y los únicos obstáculos de aquella interminable cinta gris eran coches volcados o destrozados a los lados de la carretera, montones de chatarra... y alguno intacto.

Wilfrid se detuvo para examinar uno de aquellos vehículos.

Comprobó que dentro había algunos huesos. Tibias.

—Restos de antepasados —murmuró Azul—. Los huesos no desaparecen con el tiempo.

Wilfrid los examinó y por su mente cruzó algún recuerdo difuminado con el paso de los años.

Samantha también puso cara triste, como si en su subconsciente pugnara por salir el recuerdo de la catástrofe, o del significado de aquellos hallazgos.

Wilfrid abandonó el coche y ambos volvieron al tándem.

Al atardecer llegaron a un campo totalmente distinto. Restos de cascotes calcinados, cuyo polvo se había llevado el viento de los siglos, permanecían allí, pegados a la tierra, como una capa firme, irregular. Era imposible circular allí con algo que tuviera ruedas. Abandonaron el tándem y siguieron sobre aquella extraña superficie.

—Son... restos de una ciudad... —murmuró Wilfrid y ella puso gesto de extrañeza.

Quizá ni el propio Wilfrid conocía el significado de las palabras que acababa de pronunciar.

Continuaron vagando por aquel inmenso desierto de cascotes.

En algún lugar había huecos y Samantha se detuvo ante algo que le llamó la atención. Metió la mano dentro.

—¡Cuidado! —advirtió él, puede que sin conocer tampoco el verdadero significado de su grito de atención.

—¡Oh! —exclamó ella.

Wilfrid se apresuró a mirar hacia el punto donde ella extraía la

mano de su interior. Llevaba algo consigo. —¿Qué es esto? —quiso saber el preguntón número II.

—Un juguete... En el planeta creo que lo llamaban... muñeca.

Y en efecto, Samantha había sacado una muñeca inverosímilmente conservada a través de los siglos. Una muñeca que movía los ojos, los brazos, las piernas...

Sonrió feliz, como una niña ante el más preciado de los obsequios.

También Wilfrid rio con gusto.

El paseo les llevó hasta una zona donde las ruinas se amontonaban junto a restos de edificaciones. Casas, que tal vez no habían sido destruidas por el terremoto, sino por el paso del tiempo. Algunas parecían intactas.

Llenos de curiosidad Samantha y Wilfrid avanzaron por entre aquellos edificios.

En algún establecimiento podían verse restos de vestidos, rotos, sucios. Estaba también abierta la sucursal de un Banco. Al entrar en él, Wilfrid bajó la escalera entre sólidas paredes. Al fondo de un corredor había una habitación: La cámara. Tenía la puerta abierta.

La luz que permitía iluminar todo aquello procedía de una abertura en el techo. Era un derrumbe que permitía que se filtrasen los últimos rayos del sol de la tarde.

Wilfrid vio montones de dinero esparcidos sobre una mesa. Todo estaba polvoriento. Igual que los huesos humanos que se hallaban por el suelo.

Sopló sobre el dinero y con el índice y el pulgar lo hizo pasar sobre sus dedos.

A ella parecía interesarle menos todo aquello. Recordaba la tienda de ropas y con un ademán señaló arriba.

El asintió.

—No... te alejes —dijo simplemente. Samantha negó con la cabeza y desapareció. La oscuridad avanzaba mientras el joven seguía curioseando.

Samantha se había entretenido entre los vestidos. Algunos estaban todavía poco ajados. Otros habían sido agujereados, como apolillados. Algunos estaban corroídos.

—Si los vestidos estuvieran en buen estado —murmuró el profesor Azul— esto habría sido el sueño de cualquier mujer... Igual que lo que está viviendo Wilfrid. Tiene un Banco para él solo. ¡Y todo el dinero que quiera! Pero ahora no lo necesita.

Las sombras invadían ya la calle. Pronto habría oscurecido por completo.

Wilfrid buscaba la salida.

Pero en la calle...

El número II había lanzado la señal de alarma, una señal que la

pareja terrícola no podía oír.

—¡Mire, allá, profesor, una sombra!

Sí. Algo se estaba moviendo entre las ruinas. Una sombra difusa. Una sombra que espiaba los restos de la tienda donde había entrado Samantha.

—Hummm. Esto me huele mal —murmuró Azul.

—¿Teme que les ocurra algo a Samantha y a Wilfrid? —inquirió el número II.

—Pues sí...

—Pero señor, si son de la misma especie no se atacarán. ..

El profesor Azul, en tono resignado comentó:

—Hijitos, en ese planeta, la especie humana, los 11amados animales racionales son los únicos que siempre se han atacado entre sí. Los otros animales acostumbraban a unirse por especies y sólo atacaban a los demás, pero los hombres... ¡Oh! ¡Extraña raza! Veremos... Veremos lo que ocurre...

La sombra se prolongó de una forma extraña.

Samantha iba a salir de la tienda, llevando consigo algunos vestidos colgados del brazo.

La sombra estaba acechando a la muchacha.

CAPITULO X

Samantha trató de orientarse en la oscuridad que no era total. La luz de algo parecido a la antigua Luna ofrecía alguna visión y ello era motivo de las extrañas formas que adquiría la sombra.

—¡Eh! —gritó ella buscando a Wilfrid, que antes de salir había dejado el fusil sobre un antiguo mostrador de madera para con la luz del encendedor iluminarse hacia una carcomida mesa de madera.

Tropezó con algunos huesos y abrió los cajones como sí buscara algo.

No era todo nuevo. En su mente recordaba haber estado en un lugar como aquél. La estructura, la disposición de los enseres, todo le retrotraía de una forma confusa a su lejano origen, pero no podía saber el cómo ni el porqué. Su mente estaba en blanco. El pasado no existía.

—¡Mire la sombra, profesor! —exclamó el número I. La silueta avanzaba con sigilo detrás de la muchacha que se hallaba en una esquina un tanto desorientada.

—¿Por qué no sale Wilfrid? —exclamó el número II.

Era evidente que los alumnos temían por la suerte de Samantha.

Ella se volvió como presintiendo el peligro.

La sombra se abatió sobre ella.

—¡Ah! —gritó con todas sus fuerzas debatiéndose entre los poderosos brazos de su agresor.

La mirada de la muchacha buscaba la faz de su atacante.

Wilfrid había oído el grito de su compañera y se apresuró a salir precipitadamente.

Ella continuaba su forcejeo.

Aquella opaca luz de azulada claridad se posó un momento en el rostro del atacante.

Samantha, al verle, quedó como paralizada y lanzó un nuevo grito de horror.

—¡Aaaah! ¡No, no!

El ser que la atacaba, iba casi desnudo, su piel era negruzca. Tenía ancha nariz, pómulos salidos, ojos saltones y pelo ensortijado, negro y poco abundante.

—¿Quién es ese individuo? —inquirió el II.

—Dejadme pensar... Sí... Creo que ya lo sé —respondió el maestro.

—¿Se trata de esa raza de la que antes habló, señor? —preguntó el alumno número I.

—Sí.

—¿De dónde procede? —inquirió el número I.

—Os dije que en la Tierra y en pleno siglo XX, existían regiones casi desconocidas para sus moradores. Regiones que las llamaban vírgenes. Una de esas regiones la denominaban Mato-Grosso. Ese nombre quiere decir Bosque Grande. En realidad no era una zona muy inmensa porque la civilización terrícola había llegado a algunos lugares, donde incluso se cultivaba... También existía dentro del Mato-Grosso, una zona de páramos, yerma... Pero en la parte selvática, existe un brazo del río Taquari que se adentra por lugares inexplorados... Ese hombre pertenece sin duda a la tribu de los taquaris. Les llamaremos así, ya que desconocemos el nombre que se dan a sí mismos.

Durante la explicación del profesor, en la ciudad destruida continuaba la lucha entre la muchacha y el taquari que procuraba arrastrarla calle abajo.

Todo se sucedía de forma muy rápida y Wilfrid comenzó a buscar a Samantha.

Al llegar a la esquina vio al taquari arrastrándola Wilfrid apretó los puños y marchó en dirección al agresor de su compañera.

El taquari se apresuró a soltarla al ver el nuevo peligro que le amenazaba,

Entonces, del cinturón con el que ataba un exiguo taparrabos, sacó algo parecido al colmillo de marfil de un elefante. Parecía extraña aquella arma en manos de un habitante procedente de las antiguas selvas brasileñas, pero la tenía. El profesor luego diría por qué.

Con aquella arma de afilada punta, el taquari esperó la llegada de Wilfrid.

El joven no se mostró muy ceremonioso en la lucha. Arremetió de cabeza contra el taquari que ante el impulso de aquella acometida, cayó al suelo sin soltar el extraño y afilado colmillo.

Se incorporó con la agilidad de un simio y se movió con presteza tratando de desconcertar con su esgrima a su antagonista.

Wilfrid se mantuvo a la expectativa con las piernas flexionadas.

El taquari pasó al ataque.

Instintivamente Wilfrid aplicó aquellos antiguos conocimientos del arte de la defensa.

Una llave de judo dejó indefenso al taquari, un golpe de karate bien dado lo dejó fuera de combate.

Ella, instintivamente, se abrazó a su compañero, mientras el enemigo yacía inconsciente en el suelo.

—Ha sido horrible —logró balbucir Samantha.

Y el joven, recordando nuevas palabras, repuso:

—No te separes de mí...

Pero entonces extraños e imprecisos ruidos llamaron la atención de la pareja.

—¿Eh, qué es esto? —inquirió él mirando en torno suyo.

Ella también buscó el origen de aquellos ruidos.

Entonces, de las derruidas edificaciones, de las esquinas que formaban edificios en pie o caídos, comenzaron a aparecer sombras, que luego se convirtieron en nuevas siluetas.

Instintivamente el joven retrocedió llevándose a la muchacha consigo.

—¡Allí! —exclamó ella.

Por el otro lado apareció también una muralla de taquaris.

A derecha, a izquierda, por delante y por detrás, cortándoles la retirada, aparecieron otros seres de aquella raza desconocida en el siglo XX.

—¡Están rodeados! —exclamó el número I.

—Sí… Y esto no me gusta nada —murmuró el profesor—. Lo siento porque esa pareja me resultaba simpática. Siempre los hay que tienen ganas de fastidiar a los demás.

El cerco que los taquaris formaban en torno a Wilfrid y Samantha se iba estrechando.

Ellos permanecían en el centro.

Wilfrid recordó el fusil que se había olvidado en el mostrador del Banco. Ya era tarde para ir a buscarlo.

Y los taquaris se aproximaban… Se aproximaban.

CAPITULO XI

—¡Les han cercado! —espetó el número I, viendo que era ya imposible todo intento de huida por parte de la pareja.

Los taquaris sujetaron a la muchacha. Wilfrid trató de impedirlo luchando a brazo partido contra ellos.

Sus poderosos puños derribaron al primero, al segundo. Una llave de judo inutilizó a un tercero. Otro recibió un contundente golpe de karate en el cuello y lanzó un grito terrible para caer inconsciente.

Pero los enemigos eran muy superiores y consiguieron atenazar a Samantha que se debatía desesperadamente.

—¡No, no, suéltenla! —gritó.

Su lenguaje no podía ser comprendido por unos seres que jamás habían hablado su idioma.

Los esfuerzos de Wilfrid eran tremendos y causaban estragos entre sus enemigos, todos ellos de buena condición atlética.

Al fin lograron reducirlo. Se necesitaron varios brazos para sujetarle.

Le elevaron. Se lo llevaron igual que a Samantha.

—¿Y ahora qué va a sucederles? —inquirió el número II.

El profesor Azul no conocía la respuesta exacta.

—Hummm. No sé... Pero no lo pasarán bien. Esos taquaris vivían en estado salvaje. La destrucción del planeta no afectó a su región, porque sobre aquella zona volaban varias de nuestras naves que absorbieron toda la atmósfera maléfica que habían producido las explosiones. El punto donde se hallaba su sistema de vida era el menos propicio a la intoxicación o contaminación. Todos esos factores hicieron posible que entre ellos la vida siguiera igual.

«Ninguno de esos salvajes se enteró de lo ocurrido en su mundo. Para ellos la vida continuaba del mismo modo... Pero ha pasado el tiempo y han descubierto nuevos lugares. Su pequeña sociedad se ha esparcido por el planeta, aunque parece ser que es en esa zona que estamos viendo donde mayor abundancia de ellos hay.

»En definitiva... Sus costumbres no han variado. Han ampliado su residencia, pero lo demás sigue igual que muchos siglos antes de que la Tierra entrara en su fase de civilización...

—¿Y en qué consistía su sistema de vida? —preguntó el número I.

—Si os referís a su modo de subsistir pues... se alimentaban de hierbas comestibles y de la caza, pero cuando caía en su poder un hombre de los llamados blancos o de cualquier otra raza, diferente a la suya..., el pobre no lo pasaba muy bien. Le torturaban hasta darle muerte.

—¿Por qué razón? —preguntó el número I.

—Hummm. Tradiciones... En el planeta Tierra había hombres que atormentaban a los gatos y a los perros, sin ninguna razón concreta.

—¡Qué bárbaros!

—Sí. Pero los consideraban una raza inferior.

—Pero ésos de ahí no son inteligentes. Se nota por su modo de obrar —siguió el número I.

—De acuerdo. Pero para ellos, cualquiera que no sea de su raza es un enemigo. Esa es su creencia y le dan tormento. Es también una especie de fiesta...

*

El cuartel general de aquel grupo de taquaris se hallaba en un antiguo aeropuerto.

No había ningún cascote en la explanada, y algunos viejos barracones medio derrumbados habían sido arreglados con tiras de la misma madera. Algunas paredes eran de piedra y fango.

Los taquaris, aun viviendo en su estado primitivo, habían evolucionado. Esas construcciones de piedra, queriendo imitar las de ladrillo y cemento lo probaban.

Toda la explanada radiaba de luz de las antorchas y la gente formaba un gran corro. Sentados en el suelo golpeaban las manos rítmicamente al compás de los tocadores del Tam-Tam, especie de timbales fabricados con pieles de animales.

El profesor Azul comentó como si hablara consigo mismo:

—Si alguien hubiese dicho a los habitantes de la Tierra que en el siglo XXIII las cosas volverían a su estado primitivo nadie lo hubiese creído... Y ya veis... Todo se ha convertido en un volver a empezar.

*

En la explanada, Wilfrid y Samantha eran llevados por separado.

En el centro habían sido levantados dos altares. En realidad se trataba de un tríptico de madera. Tres árboles cortados en distintas alturas, irregulares, estaban clavados al suelo a modo de estacas y trabados con un travesaño. Había dos juegos de ellos.

En uno ataron a Wilfrid. La mano derecha fue sujetada con lianas al palo del mismo lado. La izquierda lo mismo al suyo. Otra liana fue enrollada a su cuerpo inmovilizándolo en la estaca del centro.

Con Samantha hicieron lo mismo.

La separación entre ambos era de unos cinco metros y entre el griterío de los taquaris, Wilfrid pudo decir:

—En el fondo hay un hangar. He visto un reactor.

Parecía como si en los momentos de peligro sus conocimientos recónditos surgieran con toda nitidez en su cerebro, permitiéndole recordar las cosas olvidadas.

—¿Un reactor? —inquirió ella asustada y sin acabar de comprender.

—Es un aparato que vuela. Lo sé. Lo sé...

—No podremos escapar —murmuró ella.

—Tenemos que intentarlo.

Los encargados de atarlos se retiraron y formaron un corro más próximo. Luego se dieron las manos. Todo ello como formando parte de un rito ancestral.

Empezaron a girar a su alrededor entonando una especie de canto lúgubre.

El alumno número II preguntó:

—¿Sabe tripular una nave?

Fue el número I quien replicó:

—¿No le viste tres siglos antes tripular otro artefacto?

—¡Oh, sí! —repuso el número II pensando en el helicóptero que Wilfrid utilizó para ir en busca de las pilas atómicas.

El profesor, por su parte, aclaró:

—Tened en cuenta que en la última Era de la tierra, en el año 1999, todos los que de un modo u otro tenían contacto con el mundo científico sabían hacer muchas cosas. Poseían conocimientos de todos los órganos gracias a los programadores que les daban el trabajo prácticamente hecho. También, por aquel entonces había muchos hombres que disponían de helicópteros o autogiros privados... La circulación rodada por las calles se había puesto imposible y se intensificaban los vuelos que también hubiesen terminado congestionando la circulación del espacio...

Wilfrid estaba forcejeando para desasirse de las ligaduras.

—¿Qué va a pasar? —balbució Samantha.

—Nada bueno si no escapamos. Prueba, prueba. Esto no está muy fuerte, creo que puede ceder...

Pero casi inmediatamente aparecieron otros individuos de la misma raza portadores de troncos.

Los dejaron en círculo en derredor de cada altar.

—¡Les van a quemar! —exclamó el profesor—. Esto sólo sirve para arder... ¡Los muy salvajes!

—¿No podemos ayudarles? —inquirió el número I.

—Me gustaría —adujo el número II.

—Sólo podríamos ayudarles yendo a la Tierra —murmuró el profesor.

—¡Vayamos! —repuso con júbilo el número I.

—¡Sería un viaje estupendo! —exclamó el número II.

—¡Oh, no, no! Vosotros sois demasiado jóvenes.

—Pero no importa… Podríamos ayudarles. No necesitamos naves, profesor —insistió el número I.

—Sí, sí… Pero tengo mis temores. Somos sólo mutaciones de nuestros gloriosos antepasados. Y no tenemos medios agresivos porque jamás los hemos necesitado…

—El gas… Nuestro gas atmosférico de los escudos[2].

—¡Sí! —corroboró el número II—. Usted lo ha dicho, profesor. Nuestro organismo lo absorbe todo y puede devolverlo. Esta es nuestra defensa. Devolviendo todo aquello perjudicial para la Tierra nos defendemos atacando al mismo tiempo.

—Eres muy aplicado, jovencito, y muy belicoso, pero no olvides que nosotros para ellos somos extranjeros, pertenecemos a otro mundo… Meterse con los problemas de los demás es…, es poco…, poco democrático.

—¿Y qué es eso? —inquirió el número II.

—Hummm… Un día ya disertaré sobre la democracia.

Ahora no es momento. Resultaría largo, pesado y tampoco lo entenderíais…

En la Tierra, los leños habían sido encendidos por los taquaris y un redondel de fuego rodeaba a cada uno de los prisioneros.

El sudor perlaba la piel de Samantha y de Wilfrid. Sentían el terrible calor cerca, muy cerca.

Cuando las llamas constituían ya una auténtica pared un punzón se clavó algo más arriba de donde la muchacha tenía la mano sujeta.

—¡Ah! —exclamó asustada.

Era una de aquellas armas semejantes al marfil de los colmillos. Afilada.

¡Los taquaris las arrojaban del otro lado de las llamas!

Era como un deporte para ellos. Hacían puntería a ciegas, porque el fuego constituía una cortina que dejaba invisibles los blancos. Y los blancos —las dianas— eran ellos.

Otra de aquellas armas, se clavó en la parte baja del tronco central que sujetaba el cuerpo de Wilfrid, que al igual que ella tenía las piernas separadas y atadas también cada una en la correspondiente estaca.

Cualquiera de aquellas armas arrojadizas podía clavarse en los cuerpos atados. Viendo la profundidad que podían alcanzar al penetrar en las estacas era perfectamente previsible una muerte cierta.

Volaron dos armas más y una de ellas rozó la mano izquierda de Wilfrid que permaneció impasible.

En ningún momento dejaba de forcejear. Comprendía que su salvación de pendía de su rapidez.

El profesor Azul sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Es un martirio tan estúpido como inútil. Creo que... iremos allí.

—¡Bravo! —gritaron a coro sus alumnos.

La paz y el sosiego de aquel paraíso desde que por medio de su extraño sistema, profesor y discípulos podían observar lo que estaba ocurriendo en la noche terrícola contrastaba enormemente con la salvajada que tenía lugar en el aeropuerto.

—¿Tardaremos mucho? —inquirió el número II.

—¡Oh! Para nosotros ya sabéis que el tiempo no cuenta, no se mide...

—¡Es verdad! —asintió el número Di.

Las tres corazas o escudos cilíndricos se pusieron en línea deslizándose por el césped.

—¿Preparados? —inquirió Azul.

Los discípulos se hallaban uno a cada lado.

—¡Sí! —respondieron a coro.

—¡En marcha pues! —sonó la voz. del profesor.

Desaparecieron sin dejar el menor rastro.

Estaban ya camino del planeta Tierra.

CAPITULO XII

En el Espacio sin fin, aquel trío de tubos metálicos hubieran sido imposibles de ver ni con el más poderoso de los telescopios. Tal vez porque el color de aquel material se confundía con el mismo azul infinito del Universo.

Sus voces, sin embargo, resonaban.

—Antes con las naves era distinto —decía la del profesor.

—Podían detectarlas —repuso uno de los alumnos.

—A nosotros no podrían descubrirnos, aunque tuvieran aparatos para ello. Las mutaciones tenemos esta ventaja —volvió a decir el profesor.

Pero mientras, en la Tierra y en pleno siglo XXIII, proseguía la salvajada…

—Me estoy abrasando —murmuraba Samantha, a pesar de que trataba de resistir al máximo.

En su forcejeo Wilfrid notó que una de las ataduras cedía. Era la de su brazo izquierdo.

Uno de aquellos puñales de marfil se le clavó en la otra mano y ahogó un grito para no alarmarla a ella.

Era evidente que esperarían a que el fuego se consumiera para ver quién había acertado más dianas.

A Wilfrid le costaba más aún desprenderse de la atadura de la izquierda porque el dolor de la otra mano le restaba fuerzas.

Dio un tirón con toda su energía.

La liana se aflojó algo más. Faltaba poco y con una mano libre podría conseguir salir de aquella situación.

Otro puñal voló cruzando las llamas, cuyo calor también deprimía su fortaleza.

Con los bíceps hinchados por la fuerza que estaba desarrollando, Wilfrid consiguió al fin desprender la mano.

Se ladeó rápidamente para quitarse en primer lugar el arma que tenía clavada.

Le costaba trabajo a consecuencia de tener también separada la pierna.

En el lugar donde momentos antes tenía la mano derecha se clavó otro de aquellos colmillos.

Distendió su cuerpo tanto como pudo y al final logró sujetar la parte exterior del arma. Tiró de ella.

La soltó y apretó los dientes para que el dolor no dejara escapar un solo grito de su garganta.

Ella observaba los esfuerzos de su compañero con el rostro

angustiado por aquel peligro constante.

La mano herida sangraba. Y Wilfrid con el arma, utilizando el filo, trató de tirar de las lianas, pinchándolas y haciendo toda clase de pruebas para quedar libre.

También lo consiguió. Ya sólo le quedaban las piernas. Era más fácil porque ahora podía moverse con mayor soltura.

Dos puñales se clavaron al mismo tiempo en el tronco central. Uno de ellos le hubiese perforado el corazón de no haberse agachado para librarse de las últimas ataduras.

¡Libre al fin!

Corrió hacia la muchacha.

La lluvia de armas proseguía como aquella intensa barrera de fuego.

—Si tuviera el fusil... ¡Malditos salvajes! —gritó él.

—No, Ellos son salvajes. Nosotros, no. No hay que matar... Son de nuestra especie —murmuró ella, libre ya de las piernas.

Wilfrid le desataba las manos.

—Son de nuestra especie, ¿eh? —repuso él—. Pero ellos quieren matarnos... ¿Qué somos nosotros?

—No..., no lo sé —balbució ella.

Wilfrid trabajaba con presteza.

—¿Qué somos nosotros? —repitió como si por primera vez comprendiera lo extraño de su existencia, de todo lo que ocurría.

De un tirón sacó la última liana que sujetaba la pierna derecha de la muchacha por encima del tobillo.

Entonces tenían que cruzar la muralla de fuego.

Wilfrid la cogió con la mano sana y la obligó a dirigirse a la parte contraria de la que procedían aquellos extraños pero efectivos puñales.

—El reactor está por allí... Por ese lado —murmuró.

Ella mostró su miedo al tener que cruzar aquella barrera de fuego. Wilfrid lo comprendió.

Trató de animarla con una sonrisa y seguidamente la cogió en brazos.

Puso en tensión sus sentidos para cruzar aquella barrera de fuego. Samantha, de forma instintiva, escondió la cabeza.

Wilfrid tomó impulso y salió a la carrera.

Cruzó por entre las llamas. Unas piedras que no había visto le hicieron tropezar, pero no perdió el equilibrio, continuó con ella en brazos.

El pelo de la muchacha ardía. La dejó en el suelo y lo apagó rápidamente percibiendo el olor a cabello chamuscado.

—¡Mira! —exclamó la joven señalando la parte del círculo de taquaris sentados que también tenían que cruzar.

¡Y les habían visto!

—Egüe, egüe, tachumba! —gritó alguien.

Era un lenguaje que ellos —Wilfrid y Samantha— no podían comprender, pero veían claramente por la luminosidad del resplandor del fuego que les señalaban a ellos.

Corrieron a pesar de todo. El la tiraba del brazo.

Ella jadeaba angustiada. Conocía por primera vez en su nueva vida el sabor del miedo, la sensación del terror ante la muerte, algo de lo que nadie le había hablado, pero que comprendía como comprende toda criatura que posea cualquier sistema de razonamiento.

—Egüe, egüe, tachumba alue! —soltó otra voz.

Los varones del corro se levantaron anteponiéndose a los que iban hacia ellos como una muralla.

Cuando Wilfrid estuvo ante los que le cerraban el paso, soltó a la muchacha.

Algunos esgrimieron armas de la misma especie que Wilfrid ya conocía. El llevaba todavía la que había arrancado de su mano zurda y la blandió contra su primer enemigo.

Tras una llave bien practicada, clavó el arma en el brazo de uno de los que tenía ante él y atacó al siguiente con el pie.

De nuevo su punzón se hundió en la carne del otro y allí lo dejó clavado para continuar con los puños.

Su fortaleza física, si no superior, mejor dosificada que la del enemigo le abrió camino.

Separando a sus antagonistas halló el hueco para pasar. Samantha le siguió sin necesidad de que él le hablara.

—¡Corre, corre! —espetó Wilfrid.

Tenían detrás a toda la tribu.

El antiguo hangar sólidamente construido dejaba notar el paso del tiempo, pero se mantenía sobre sus cimientos, como durante siglos antes de llegar el fin de la Tierra se habían mantenido viejas catedrales o modestas ermitas.

Alcanzaron el edificio.

El reactor permanecía en el centro. Extrañamente reluciente, como si ni siquiera el paso del tiempo lo hubiese afectado.

Era uno de los últimos modelos de 1999. Prácticamente sin alas y su despegue, de acuerdo con la técnica de entonces se producía por contacto nuclear.

Era casi una nave espacial, y podía superar todas las alturas previstas para la aviación normal, antes de los últimos y notables descubrimientos del siglo final del planeta Tierra.

Se quedaron unos segundos casi sorprendidos.

Las voces de los taquaris les sacaron de su momentánea vacilación y Wilfrid fue el primero en avanzar hacia una de las escalerillas

situadas junto a la carlinga. Había también otra por el otro lado y ambas, igual que el aparato, estaban relucientes.

—¡Eh! —gritó ella.

Wilfrid aún no se había dado cuenta de aquellos tres hombres que aparecieron por detrás del reactor, del lado de la cola.

Los tres llevaban estacas que terminaban en punta. Eran como las viejas lanzas.

Pintarrajeadas sus caras, como antiguos ídolos, avanzaban con rostros graves.

Wilfrid se quedó al pie de la escalerilla. Ella instintivamente se colocó a su lado.

Los tres gerifaltes seguían avanzando.

Wilfrid pensó:

«Deben ser los jefes de la tribu», y no supo exactamente por qué lo habla pensado.

Con decisión dio un paso hacia adelante como si fuera a atacarles.

Los tres salvajes se detuvieron bruscamente.

—Nos tienen miedo...

—Egüe, chalada Kapa! —murmuró uno de ellos.

La traducción de tales palabras sólo podía darla el profesor Azul y en el espacio, contestando a las preguntas de sus discípulos, murmuró:
—Para los nuevos taquaris, ese avión reactor atómico es como un dios. Es su ídolo. Por eso lo han conservado... En los tiempos de la civilización terrícola, los taquaris habían visto volar muchos artefactos como ésos.

Los habían visto en los aires o volando sobre las selvas a poca altura... Siempre lo consideraron como algo sobrenatural. Sobrenatural a su naturaleza... Al extenderse por la Tierra en el transcurso de los siglos y encontrar un avión no se les ha ocurrido nada mejor que venerarlo.

Y Wilfrid dio otro paso adelante para amedrentar a los jefes taquaris, pero los tres dispusieron sus armas en actitud belicosa.

—¡Al otro lado! —exclamó Wilfrid a Samantha sin mirarla.

Muy cerca estaban ya los que les estaban persiguiendo desde el exterior.

Wilfrid trataba de guardar las distancias entre sí y sus tres nuevos enemigos.

Buscó en derredor y en una de las mesas donde solían guardarse las herramientas o trabajar en pequeñas reparaciones vio una barra de hierro. Corrió hacia ella y la tomó a modo de estaca.

—¡Eh! —gritó ella viendo que los taquaris habían llegado hasta la puerta del hangar.

Se quedaron allí, como expectantes de lo que iba a suceder.

Wilfrid gritó como un ser primitivo blandiendo la barra de hierro

y tratando de cargar contra los tres gerifaltes de la tribu.

Se echaron hacia atrás y el joven les arrojó el hierro al tiempo que trepaba rápidamente la escalera.

Consiguió abrir la puerta de la carlinga y pasó al otro lado para facilitarle la entrada a la muchacha.

Todo esto estaba sucediendo en un escasísimo lapso de tiempo. De haber cronometrado, desde el momento en que se desataron hasta que Wilfrid alcanzó la carlinga del aparato, apenas si habían transcurrido tres minutos.

—¡Sube! ¡Sube! —gritó él.

Pero la puerta del otro lado estaba encasquillada y los salvajes del exterior comenzaban a entrar para cercar a Samantha.

CAPITULO XIII

Wilfrid tuvo una súbita idea.

Ante la situación desesperada y viendo que su compañera iba a ser nuevamente apresada por aquella turba de salvajes, trató de poner en marcha los reactores.

Falló, sin embargo, el contacto principal. Intentó con los secundarios, pero también acusaban sin duda el paso del tiempo. ¡Tres siglos de inactividad!

Tres siglos, sí. Sin embargo las puertas habían sido herméticamente cerradas. El interior se había conservado en estado idéntico desde el momento en que el aparato fue puesto en el hangar.

Entonces en su mente —y todo ello en décimas de segundo— se hizo una débil luz... En algún lugar recóndito de su subconsciente halló la respuesta.

Sí... Los nuevos reactores de aquella serie que todavía no había sido homologada tenían un cierre especial para desconectarlos de todo contacto. Era un mando parecido a los de las naves que fueron a la Luna.

¡Y el mando que buscaba estaba allí, delante de sus ojos!

Los taquaris tenían ya a la muchacha que se aferraba al metal de la escalera.

Wilfrid accionó la palanca e inmediatamente pulsó los mandos.

¡Los reactores funcionaban!

Corrió hacia un lado para abrir la puerta. Algunos taquaris se habían encaramado a la escalera, pero el enorme ruido les hizo vacilar.

—¡Échate al suelo! ¡Sube cuando se aparten! —exclamó Wilfrid previendo la reacción de los salvajes.

Volvió a los mandos y dio gas a fondo.

Los reactores lanzaron su bramido continuo y el chorro caliente emanó de los tubos.

Los salvajes se apartaron aterrorizados. Algunos sintieron el calor en el rostro. Cayeron lastimados por aquel fuego invisible.

—¡De prisa, de prisa! —exclamaba Wilfrid.

Mantenía la puerta abierta porque la escalera había quedado expedita y ella —Samantha— se arrastraba por debajo del fuselaje para ganar el otro lado.

Los taquaris retrocedieron, mientras uno de los jefes comenzaba a darles órdenes.

Wilfrid encendió los potentes focos del aparato en el momento en que ella había alcanzado ya la puerta.

—¡Cierra! —exclamó.

La puerta se cerraba de la forma habitual, pero además, desde el interior podía asegurarse con un mecanismo especial.

—¡Volaremos! —exclamó Wilfrid.

Sus movimientos, sin embargo, no podían ser rápidos. Debía pensar antes de accionar cada uno de los aparatos. La pantalla de radar, los instrumentos de control de vuelo, los reguladores del sonido interior, los interruptores de los circuitos eléctricos, indicadores de los flaps.

Todo estaba ya listo para el despegue. Lentamente Wilfrid empujó hacia delante la manecilla de gases para conseguir la aceleración necesaria.

«El timón de dirección», pensó Wilfrid.

Lo accionó suavemente para mantener el aparato centrado.

El aparato, pese a su modernismo, tenía una estructura de motores sencilla como la de los aviones ligeros. Y era esa simpleza lo que en su día lo catalogó como excepcional, porque en verdad era el carburante sólido lo que le daba las ventajas sobre los demás. (Los demás que habían volado durante el siglo en que fue construido aquél).

La poderosa mole metálica comenzó a andar.

Samantha sonrió al comprobar que pronto iba a librarse de la pesadilla de los taquaris.

El avión, lentamente, salió del hangar. Los salvajes parecían haber desaparecido por completo del campo.

Cuando el aparato estuvo ya totalmente fuera, Wilfrid, sin soltar el timón de dirección, lo hizo avanzar hacia el eje de la pista.

Wilfrid graduó entonces el sonido exterior, posible en aquella serie de aparatos.

—No se oye nada —murmuró Samantha.

El seguía con la mirada fija en la pista de firme irregular. Los oídos permanecían atentos al menor ruido.

De pronto percibió una especie de griterío y trató de buscarlo con la mirada.

—¡Allí! —exclamó Samantha.

En un ángulo de la pista que ahora quedaba iluminado por la luz de las antorchas había algo parecido a unas jaulas de gran tamaño. Eran como barracones con barrotes hechos de estacas.

¡Había hombres y mujeres dentro!

Tanto Samantha como Wilfrid se preguntaban qué clase de prisioneros eran aquella gente.

Forzosamente Wilfrid tenía que volver el aparato hacia aquel lado y entonces la cegadora luz de los focos barrió por completo la jaula. ¡Había más de una! Contó hasta tres y todas estaban llenas de humanos.

Los presos, tras aquellos barrotes, iban casi desnudos y parecían ser de raza distinta, más blancos aunque no como la pareja.

La explicación hubiese podido darla el profesor Azul que seguía en vuelo en su invisible escudo por el espacio.

Él y sus discípulos estaban viendo lo mismo que Samantha y Wilfrid, aunque claro está en distinto lugar.

—¿Qué significa esto, señor? —inquirió el número II.

—¡Oh! Son de otra raza. Dejadme pensar… —Y el profesor puso en orden sus ideas y conocimientos del planeta Tierra para al fin poder explicar—: Son producto de la Nueva Tierra, descendientes de los escasos que lograron sobrevivir.

—¿Y no se multiplicaron? —preguntó el número I.

—Cayeron en poder de los taquaris que los diezmaron considerablemente. Estos de las jaulas deben ser los últimos de su especie.

—Pero no parecen iguales a la raza de la pareja —dijo el número II.

—No… Posiblemente mezclaron las razas. La vida primitiva debió debilitarlos.

—Pero ésos otros también hacen una vida primitiva.

—Pero siempre la hicieron. Descienden de otros que habitaron durante siglos en estado salvaje, más aún que ahora si cabe. Los demás procedían de otras civilizaciones no acostumbradas a la vida primitiva. De cualquier forma, esto será el fin de ellos porque no creo que los taquaris les dejen sobrevivir. No los tendrían encerrados.

Wilfrid detuvo la marcha del avión, dejando los reactores en funcionamiento. El aparato necesitaba seguir calentándose y el joven no deseaba perder más tiempo que el justo.

—Tengo que liberarlos —dijo refiriéndose a los presos.

Samantha reflejó la angustia en su rostro.

—Te matarán —logró articular ella.

Era evidente que a medida que avanzaba el tiempo recordaban un mayor número de palabras que surgían espontáneas de sus respectivas bocas.

—Algo me dice que tengo que ayudarles —murmuró Wilfrid y miró la capacidad del avión.

No. No había espacio para todos. Se trataba de uno de los aparatos realizados para vuelos experimentales. No se habían llegado a fabricar en cadena para viajes de líneas regulares aunque en su tiempo la idea estaba en proyecto.

Wilfrid seguía pensando en el modo de liberar a aquellos presos a los que oía gemir.

Eran criaturas depauperadas, de pómulos salientes, mejillas hundidas. Algunos tenían sólo la piel y el hueso.

Buscó por el avión como si intuyera que había de encontrar algo. Su inteligencia se estaba desarrollando, con lo que se demostraba que si el profesor Von Falenger hubiera podido pulsar el aparato preciso, Wilfrid estaría en su plenitud. Ni la ciencia, ni la técnica tendrían secretos para él. Su intelecto funcionaría como un ordenador electrónico sin que nadie lo hubiese programado previamente.

Abrió los armarios de la antecabina. Contadores, hilos…, otro armario con objetos cuyo funcionamiento ignoraba. Eran vasos de parafina, tabletas de goma de mascar, cigarrillos. Desechó todo y fue a ver otro armario.

Allí descubrió el arma. Era como un revólver de largo cañón. La última novedad en armamento del 1999. Un arma de largo alcance y cañón corto. Tiro automático, balas diminutas, mortíferas. Precisión a toda prueba.

Lo probó apretando el gatillo contra el asiento que estaba sobre un tablero.

El diminuto proyectil describió una estela de luz. La bala se hundió en el asiento y al instante apareció un pequeño agujero que fue ensanchándose, mientras el tapizado se consumía por un fuego invisible.

Saltó a tierra portando aquella arma.

—Se va a meter en un buen lío —murmuró el profesor Azul.

—No podrá contra todos si no llegamos antes —repuso la voz del número I.

—No tardaremos ya mucho. Más de prisa ya no se puede ir. Los terrícolas tardarían muchísimos años de su calendario en llegar a nuestro habitáculo.

—Mire, mire, señor —espetó el número I.

Estaba indicando cómo los taquaris, aunque temerosos, se agrupaban para hacer frente al aguerrido Wilfrid.

CAPITULO XIV

Los taquaris formaban una masa compacta. Todos armados con sus puñales de marfil parecían esperar una invisible señal para saltar sobre Wilfrid.

El joven avanzaba ante la mirada angustiada de la muchacha que podía observarlo todo a través del cristal de la carlinga.

—¡Fuera! ¡Apartaos! —gritó Wilfrid.

Su voz sonó fuerte, clara, bien timbrada y resonó por todo el ámbito como un eco.

Los taquaris retrocedieron ligeramente, pero continua ron agrupados.

—¡Fuera! —insistió Wilfrid con aquel vozarrón imperativo.

Semejaba un antiguo domador de circo, erguido y valiente ante las fieras más salvajes que habían aprendido a temerle por creerle superior, y auténtico rey de la creación.

Uno de los jefes replicó a aquellas palabras utilizando su extraño dialecto.

Incitaba a su pueblo a atacar a Wilfrid. Quería que los suyos le perdieran el miedo.

—Agtey... Achutte!

Y esto parecía indicar que no era más que un enemigo solo.

Avanzaron.

Samantha sintió que los latidos de su corazón se aceleraban.

Iban a atacar.

—¡No! ¡Atrás! —gritó Wilfrid y mostró su arma.

Para amedrentarles hizo una demostración disparan do por encima de sus cabezas varias veces.

Tres diminutos rayos de fuego surgieron del revólver de largo cañón.

Una exclamación admirativa surgió de las gargantas de los salvajes.

—¡Fuera, fuera! —gritó de nuevo con mayor energía el joven y la masa comenzó a partirse abriendo camino.

Desde algún lugar el jefe guerrero les instigaba de nuevo aunque sin dar la cara.

Wilfrid avanzaba ya entre los taquaris sin soltar el arma que volvió a uno y otro lado con lo que provocó sendas exclamaciones de pánico.

Estaba ya junto a una de las jaulas.

—No sé si hablan mi idioma. Si me entienden, presten atención. Les sacaré de aquí.

—Todos entendemos, pero hemos perdido la costumbre de hablar.

No nos lo permiten... ¿Quién eres tú, de dónde procedes?

—Eso no importa —dijo Wilfrid que acababa de encontrar el cierre de la jaula constituido por una simple liana.

—¡Abran! —dijo.

—No podemos. Si intentamos escapar nos matan.

—Ahora estoy yo aquí. —Y se volvió rápidamente disparando contra el suelo para impresionar a los taquaris que volvieron a retroceder.

En su dialecto, el jefe parecía decir:

—¡Cobardes, cobardes! ¡Atacadle!

El hombre que había hablado con Wilfrid, un viejo depauperado, consiguió deshacer las lianas y la puerta se abrió, pero los presos retrocedieron temerosos.

—¡Vamos, salgan! Vayan todos al aparato. Buscaré un sitio lejos de aquí para dejarles y volveré por los otros.

—No... —dijo el viejo—. Tenemos nuestro habitáculo. Lo construyeron nuestros antepasados, pero lo descubrimos demasiado tarde. No está lejos de aquí. Al otro lado de las ruinas bajo el gran lago.

—¿Subterráneo? —Y Wilfrid se volvió para disparar de nuevo y gritar—: ¡Fuera!

Uno de los salvajes avanzó decidido.

—¡Cuidado! —advirtió el viejo.

Wilfrid disparó el revólver contra el brazo del que iba a atacarle.

El taquari lanzó una exclamación mientras en el hombro apareció el agujero que le quemaba la piel.

Aquella herida bastó para aumentar el terror y los taquaris se apartaron más.

—Esta es una buena ocasión. Librémoslos a todos...

—No conseguirían llegar a ese sitio —dijo Wilfrid, pendiente sólo de los taquaris.

—Sí. Si usted los entretiene. Les ha robado a su ídolo. Es ese pájaro metálico al que veneran.

—Esto es un avión reactor —espetó Wilfrid.

—No sé lo que es. Es su dios. Entreténgalos.

Y fue el propio viejo que abrió las otras dos jaulas.

Temerosos, apretándose los unos contra los otros, los presos de la raza mestiza, mezcla de los supervivientes del siglo XX, comenzaron a salir.

En conjunto no sobrepasaban en mucho la cincuentena entre hombres y mujeres. No había ningún niño.

—Huyamos —dijo el viejo que parecía ser el jefe, o acaso el de más autoridad de la diezmada agrupación.

Echaron a correr y ante el conato de persecución Wilfrid hizo

funcionar el revólver.

Bastante sabían los taquaris de los efectos de aquellos rayos de fuego por lo que habían visto en uno de los suyos y depusieron su actitud.

Los otros se perdían en la sombra hacia su refugio subterráneo. Wilfrid continuaba manteniéndoles en línea

Tres taquaris más valientes que el resto avanzaron aguerridos y Wilfrid tuvo que herir a otro para frenarles. Pero de los dos restantes uno arrojó el puñal.

Wilfrid cayó hacia atrás cuando la punta se le clavó en el hombro derecho.

Su revólver se escapó de la mano y los taquaris lanzaron casi a la vez un grito de júbilo, como fanáticos que jalearan a su equipo favorito.

Llena de terror Samantha vio cómo los salvajes corrían hacia el indefenso Wilfrid.

El joven hizo un tremendo esfuerzo por recuperar el arma, pero el pie de un taquari la alcanzó y la apartó.

Otro de los taquaris la tomó en sus manos.

Samantha creyó llegado el momento de hacer algo para evitar la muerte de Wilfrid.

Salió de la carlinga y saltó a tierra.

—¡No! ¡Déjenlo! —gritó a pleno pulmón.

Su voz sonó como la de una soprano en plenitud de facultades y los taquaris se volvieron.

Wilfrid, haciendo un tremendo esfuerzo, se puso en pie.

Alguien indicó la posibilidad de que escapara y Wilfrid tuvo que empujar al más próximo para que cayera sobre otro. Golpeó con la zurda que seguía herida desde que recibió el puñal cuando estaba atado. Su tremendo impacto tuvo la fuerza necesaria para derribar al rival.

Fue suficiente para abrirse camino.

Se lanzaron a seguirle.

—¡Sube, sube! —gritó el joven.

—¡El arma! —advirtió ella a su vez viendo que el salvaje la manejaba encañonando a Wilfrid.

No disparaba porque ignoraba qué era lo que tenía que pulsar.

Wilfrid consiguió llegar a la carlinga.

—¡De prisa! —exclamó.

La ayudó a ella, que tuvo que colgarse de la base para darse seguidamente impulso dada la altura del avión, a pesar de ser muy inferior a otros modelos del siglo.

Los taquaris estaban de nuevo muy cerca de Wilfrid que tuvo que volverse para golpear al primero al tiempo que gritaba: —¡Apartaos!

—Su voz siempre tenía el poder de paralizarlos durante un segundo por lo menos.

Se colgó con impulso de la carlinga.

El del revólver consiguió averiguar al fin dónde tenía que apretar para que el arma disparara. Pero al hacerlo sin apuntar, las balas alcanzaron a dos compañeros suyos.

Sus alaridos fueron los que salvaron momentáneamente a Wilfrid porque todos los taquaris se volvieron.

Con un impulso el joven alcanzó por fin la carlinga, mientras el salvaje seguía apretando el gatillo.

Cuando Wilfrid cerró la puerta al ver los continuos disparos murmuró:

—Si alcanza el fuselaje y lo daña no nos elevaremos.

En aquellos momentos la voz del profesor Azul anunció:

—Jovencitos, hemos llegado. Ahora veremos lo que se puede hacer...

Wilfrid había hecho andar al avión, pero alguna de aquellas balas había horadado una parte del fuselaje. Aquello podía tener graves consecuencias en aquel tipo de aparato.

El joven lo ignoraba y echó ligeramente hacia atrás la palanca, recordando sin saber cómo sus días de Link Trainer[3]

La marcha del aparato se aceleró. Uno de los agujeros, sin embargo, dejaba paso al aire que dañaba unos hilos que afectaban al sistema eléctrico conectado a la pila atómica que actuaba como carburante sólido. El otro agujero había afectado a la válvula de seguridad que sujetaba esos hilos. Si con la fuerza del viento se desprendían el avión quedaría sin fuerza, los reactores se detendrían.

Sólo cabía una posibilidad, utilizar los mandos normales de emergencia, pero eso sólo podía saberlo un piloto conocedor del modelo, puesto que el sistema era totalmente nuevo y distinto de los aparatos de la época.

El aparato no había conseguido aún el empuje necesario para alcanzar la velocidad de vuelo.

Wilfrid sabía que tenía que empujar la palanca hacia atrás para aumentar el ángulo de ataque y lograr el despegue rápidamente.

Pero no lo conseguía. El avión especialmente diseñado para despegar sin apenas espacio seguía sobre la pista cuyo fin se aproximaba.

Empujó más atrás.

El avión seguía sin alcanzar el empuje necesario. Algo fallaba.

Más allá de la pista había una montaña de cascotes. Iban a estrellarse contra ella.

—¡Profesor! ¡Mire! —exclamó la voz del número I, queriendo indicar el peligro que corría el terrícola.

—¡Ya estamos aquí! —sentenció Azul—. Estamos en la pista. Pero, ¿qué es esto? ¿Qué es esto? —exclamó con voz incrédula, al mismo tiempo que el alumno número II lanzaba un grito: —¡Profesor! ¡Es horrible, espantoso!

Y los tres escudos se agruparon...

Pero, ¿dónde estaban las tres mutaciones recién llegadas al planeta Tierra?

Ellos decían estar allí, pero..., ¿en qué lugar?

CAPITULO XV

El sistema de visión de las tres mutaciones les permitió apreciar enormes y monstruosos pies desnudos de color aceitunado.

—¡Son los taquaris! —exclamó el profesor Azul.

—No pueden haber crecido tanto. Se han convertido en gigantes —espetó el número II.

Sí. Auténticos gigantes que sobrepasaban en toda su envergadura la exigua superficie que ocupaban las tres mutaciones juntas.

—¡Nos aplastarán! —exclamó de nuevo el número II. ' —Creo que ya sé lo que ocurre, señor —dijo el número I.

—Sí, hijo. Yo también lo comprendo.

El número II intervino:

—Nuestro fluido radiactivo les ha hecho crecer —apuntó.

—No. No es eso... —Pero antes de que el profesor Azul continuara con la explicación del fenómeno, Wilfrid luchaba con los últimos metros de pista que le quedaban.

El aparato había sobrepasado la velocidad mínima de sostén, pero continuaba a ras de suelo.

Tiró hacia atrás la palanca en una última y desesperada tentativa.

Las ruedas delanteras estaban a punto de chocar con la montaña de escombros petrificados.

¡El avión se elevó!

Ahora era necesario mantener el vuelo rectilíneo y dar la máxima aceleración posible. Durante el despegue no podía hacerse otra maniobra.

El reactor subió produciendo el silbido característico.

¡Ascendía!

Samantha lanzó un suspiro corroborado por Wilfrid que sonrió al verse ya por los aires.

Atento al altímetro, Wilfrid esperó el momento oportuno para accionar los estabilizadores, y mantener la velocidad.

Poco después, ya en vuelo horizontal, describió un círculo y desde lo alto podía ver como seres diminutos a los taquaris que agitaban brazos y antorchas viendo cómo el pájaro metálico —su ídolo— desaparecía en el cielo.

Wilfrid hizo descender el aparato y dio una vuelta sobre la zona del gran lago.

Vio a los hombres a los que había salvado introducirse entre unos hierbajos y desaparecer.

—Una ciudad subterránea —murmuró. —¿Qué es una ciudad subterránea? —preguntó Samantha.

—Pues... No lo sé exactamente —repuso él, con franqueza.

Tras un silencio Samantha preguntó de nuevo:

—¿Y dónde iremos?

—Tampoco lo sé... Pero creo que deberíamos averiguar el origen de todo.

—¿El origen?

—Sí, de nosotros...

Wilfrid empezaba a tener la preocupación que fue siempre la constante de sus coetáneos de siglos anteriores. Y la preocupación era el misterio de su procedencia. El misterio de la vida en sus orígenes... En este caso del suyo propio.

Entretanto... el profesor Azul y sus discípulos seguían amenazados de ser pisoteados por los gigantescos pies de los taquaris.

—No lo comprendo. Yo no lo comprendo... —repetía el número II —. Es una transformación inexplicable la que han sufrido esos seres.

—No, hijito —aclaró el profesor—. Piensa. Tu compañero lo ha descubierto ya...

—¿El qué?

—Que no son ellos los que se han transformado. ¿No lo entiendes? ¡Somos nosotros!

—Nosotros no tenemos este tamaño tan insignificante como parece ahora... ¡Fíjese! Somos tan pequeños como esa piedra que es..., que es aproximadamente un grano de arena.

La voz del profesor tomó un aire entre triste y resignado:

—Hijo. Has dicho una gran verdad. Esto no es ni más ni menos que un grano de arena, algo tan insignificante que un terrícola apenas lo ve. Necesita muchos granos para saber que lo que pisa es arena. Uno solo es como una mota... Y eso, querido discípulo, es lo que somos nosotros.

—¡No! —gritó el número II.

—Sí, hijo. Desde nuestro habitáculo no nos damos cuenta. A distancia lo vemos todo de otra forma. Cada dimensión nos parece adecuada a la nuestra, pero la realidad es así y hay que aceptarla. Somos motas. Simples motas.

El discípulo número II no se resignaba.

—¡Somos inteligentes, poderosos, somos superiores a los terrícolas!

—Bueno. No confundas... Aunque mutaciones somos lo que tú has dicho. Fuertes y poderosos y capaces, en nuestra insignificancia de tamaño, de neutralizar los efectos de la radiactividad, pero motas, hijo, motas. ¡Cuidado, van a pisarte!

La rapidez de desplazamiento del número II evitó que uno de aquellos pies absolutamente normales para un terrícola, pero agigantados por la insignificancia de la mutación, lo aplastase.

—¡Oh, no! ¡No! —espetó el número II contrariado—. Jamás me hubiese imaginado una cosa así. ¡Terrícolas vulgares! Tan grandes para tener menos inteligencia que un mosquito de los nuestros...

—Un mosquito de los nuestros aquí ni se vería —repuso irónico el número I.

—¿Lo ves? —adujo el profesor—. Nuestros ojos pueden ver cosas que ningún terrícola sería capaz de distinguir. Un mosquito de los nuestros... o a los propios terrícolas a larga distancia... Y podemos ver el pasado, el presente y el futuro si nos empeñamos, claro que esto ya es más difícil...

—Total —protestó el número II— que hemos hecho el viaje para nada. El terrícola no ha necesitado de nuestra ayuda. Y me pregunto si se la hubiéramos podido dar.

—Ya lo creo. Ahora lo verás —repuso el profesor—. Esto me recuerda que algo sí podemos hacer por Wilfrid. ¡Vamos!

Ninguno de los taquaris observó cómo unas simples motas, pequeños granos de arena, desaparecían del suelo.

Aquellos hombres que ni el viento de los siglos había sacado de su condición salvaje tenían ahora una preocupación trascendental para ellos.

¡La caza de los mestizos!

Los jefes estaban dando las órdenes oportunas.

Y como un ejército desorganizado, los taquaris salieron corriendo y gritando mientras esgrimían sus puñales

Y mientras, los tres granos de arena alcanzaron la parte superior del fuselaje del reactor que tripulaba Wilfrid.

—¿Por qué estamos aquí? Esto es muy lento —refunfuñó el número II.

El reactor estaba volando a 4.000 kilómetros a la hora y podía ir a más.

Para las motas aquello era lentitud.

El profesor Azul dijo:

—Hay algo que Wilfrid tiene que saber. Lo he visto claro cuando apareció ese hombre de la jaula. El viejo depauperado.

—¿Quién era? —preguntó el número I.

—Un descendiente de Von Falenger. ,

—¿Tenía familia aquel profesor? —inquirió el número I.

—¡Oh, no! Cuando ocurrió la catástrofe, no. Fue después...

—¿Es que no murió? —preguntó el número I.

—No... Recordad que cuando Wilfrid tomó tierra con el helicóptero había visto dos naves de las nuestras... de antes de convertirnos en mutaciones. Esas naves borraron la radiactividad de aquella parte del campo y Von Falenger vivió. Debió encontrar a una hembra de su especie y se multiplicaron. La descendencia continuó

hasta hoy. Y el viejo de la jaula es el último Von Falenger.

—¿Y eso es lo que va a comunicar a Wilfrid? —inquirió el número II.

—Sí. Utilizaré el sistema directo. Transmitiré a su cerebro. Espero que me comprenda.

Wilfrid no tenía prisa. Había puesto el piloto automático y rodeaba con el brazo a Samantha mientras ésta estaba desinfectando la herida con el contenido de un frasco que había encontrado en el botiquín y unas vendas.

—Estate quieto o si no, no terminaré nunca de curarte esto —dijo la joven ante los intentos de Wilfrid de besar sus labios.

—¡Oh, déjalo! Ya no duele...

—Vamos, vamos, una herida así...

Él iba a replicar algo, pero de repente se quedó serio como si un brusco pensamiento acabara de absorberle por completo la atención.

El profesor del escudo Azul le estaba transmitiendo.

—Von Falenger... El de la ciudad subterránea...

Poco a poco Wilfrid reflexionaba de la forma más natural.

Cuando Azul terminó la primera parte del mensaje, dijo a los otros:

—Acordaos de las armaduras. Siguen ahí, en las ruinas de la casa del profesor Von Falenger... Quiero intentar que Wilfrid lo recuerde todo y las utilice... ¿No lo comprendéis? Si lo logro habré contribuido a que ese hombre sea el primero de los de su raza con la inteligencia total. Tanto él como Samantha serán los iniciadores de una nueva etapa de vida. Conseguirán descendencia tan perfecta como ellos y se habrá cumplido la aspiración primordial de todo ser viviente: la perfección completa, absoluta.

Tras una pausa añadió:

—Sí... Le transmitiré la verdad.

—Pero ni Wilfrid ni Samantha pueden ser los primeros —terció el número II—. Acuérdese de las otras dos razas. Se multiplicarán...

—Si Wilfrid consigue la perfección total, conseguirá hermanar a esas razas, porque con las armaduras rejuvenecerá a todos y les dotará de la inteligencia suprema. ¿No lo comprendéis?

—¡Es cierto! —admitió el número I—. Transmítaselo, profesor...

—¡Je! —exclamó el número II menos desairado por su condición de «mota»—. Después de todo, nadie habrá hecho tanto por ese miserable planeta como nosotros.

Y el profesor comenzó la segunda parte de su transmisión.

En el avión, y mientras Samantha vendaba la herida de Wilfrid, preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Ya no ríes?

—Disculpa. Estoy pensando. Es curioso. Creo recordar cosas...,

pero no veo del todo claro. No sé… Es como si algo quisiera despertar en mí.

Y Azul seguía transmitiendo, transmitiendo…

*

Wilfrid optó por dar un giro al rumbo.

—Ya sé lo que tenemos que hacer —dijo a su compañera—. Volveremos a… bueno al bosque… Recuerdo unas cosas… como armaduras. ¿Tú no?

—Sí, creo que sí. Estaban en una casa en ruinas.

—Nosotros estábamos allí… Esas armaduras… quiero estudiarlas.

—¿Por qué?

—No lo sé exactamente, pero… sé que tengo que hacerlo.

El reactor volaba ahora en dirección opuesta, hacia la vieja casa del profesor Von Falenger.

Sobre el aparato la mota correspondiente al profesor exclamó:

—¡Oh! Nunca conseguirán su objetivo. ¡Lo que os decía de ver el futuro! ¡Ahora lo he visto!

—¿Por qué no lo conseguirán? —inquirió el número I.

—¿Qué es lo que va a impedirlo, profesor? —quiso saber el número II.

—Miradlo vosotros mismos y lo veréis. ¿Eh? ¿Os dais cuenta? Esto es lo que va a suceder…

CAPITULO XVI

Estaban todavía lejos del objetivo fijado por Wilfrid cuando se desencadenó la tormenta.

La lluvia se mezcló con abundante aparato eléctrico.

No era una tormenta excepcional. En la era anterior al desastre, la Tierra había sufrido tormentas infinitamente peores.

En la montaña los torrentes aumentaron sus cauces. Un rayo partió en dos un corpulento abeto.

Parte del tronco cayó sobre una roca y aquello ocasionó un desprendimiento del todo normal.

Algo más abajo, lindante ya con la casa del profesor, la intensidad de la lluvia había aumentado considerablemente el curso del arroyo, que se desbordó formando otro brazo adicional.

La tierra reblandecida se hundió ligeramente y el cauce se ensanchó más.

Otro rayo alcanzó la tierra, que pareció removerse. Tampoco era un caso excepcional, sin embargo...

El profesor Azul lo estaba diciendo:

—Todos los planetas cambian lentamente la configuración. A cada pequeño fenómeno surgen variaciones... ¿Veis?

El removimiento de la tierra produjo el derrumbe total de lo que quedaba de las ruinas de la casa de Von Falenger.

Los ladrillos cayeron sobre las armaduras. El agua llegó hasta allí y la fuerza de la corriente lo arrastró hasta la torrentera algo más abajo. Piedras y metal se precipitaron en una pequeña cascada.

Más abajo, las armaduras, junto con otros objetos que el agua arrastraba, cayeron en un hoyo más profundo y se hundieron. Una piedra de gran tamaño se metió también en el hoyo, cubriéndolo casi por completo.

El torrente siguió su curso, y allí, en medio, hundido y olvidado tal vez para siempre, quedaron las dos muestras de un sabio del siglo XX que ya no podrían volver a ser utilizadas por nadie.

—No sé. Me he perdido —decía Wilfrid tratando de localizar la zona que buscaba—. Debe ser a causa de la tormenta.

La lluvia, sin embargo, cesó poco después y terminaron los truenos. Los rayos dejaron de dibujar sus siluetas en el espacio. Wilfrid atisbo al fin una explanada, gracias a la luz azulada de la nueva Luna del planeta que había vuelto a lucir.

—Una tormenta breve —murmuró el profesor del escudo Azul— que ha destruido la posibilidad más preciada del hombre de la Tierra. Cinco minutos. Menos aún... Nada ha cambiado. También en el siglo

XX se producían tormentas así, pero ninguna tan terrible como ésta.

Wilfrid, por medio del radar y de otros aparatos de medición de distancias, se aproximó al circuito de la explanada.

Ejecutó la reducción de velocidad para conseguir el vuelo libre necesario para todo aterrizaje.

En aquel instante el cable conectado a la pila se desprendió bruscamente. Al instante, el avión perdió todo control.

Samantha lanzó una exclamación sobresaltada.

—¿Qué es esto? —exclamó Wilfrid tratando inútilmente de dominar el aparato.

Todos los controles se colocaron a punto muerto. Las agujas indicadoras señalaban cero.

—Todavía no ha sido inútil el viaje —murmuró el profesor.

El avión caía en barrena.

Azul trataba de orientar al piloto.

—Utiliza los mandos manuales, Wilfrid. Los mandos manuales de emergencia.

El reactor parecía aumentar su velocidad en la caída. Iba de cabeza contra el suelo.

Y Wilfrid seguía luchando.

Hasta que… recordó algo.

¡Los mandos manuales!

En aquellos momentos ignoraba cómo había conseguido que se le ocurriese aquello, lo cierto es que comenzó su manipulación.

El aparato volvió a ponerse en sus manos y quedó al fin dominado.

El aterrizaje de emergencia resultaba más difícil sin los mandos accionados por conducto nuclear.

Wilfrid realizó las maniobras necesarias.

El campo no era un aeropuerto, sino una extensa alfombra de césped y el suelo estaba reblandecido.

Consiguió la toma de tierra y el reactor sufrió algunas sacudidas.

—No temas, no es nada —murmuró él. Con los sentidos en tensión seguía manipulando para evitar que cualquier brusquedad pudiera hundir el morro del aparato.

Fueron segundos de angustia. El eterno precio del vivir.

Al fin el avión frenó bruscamente. —¡A casa, muchachos! —exclamó el profesor Azul. Las motas desaparecieron en la noche. Y la voz del profesor resonaba en el espacio para sentenciar: —El planeta Tierra volverá a ser lo mismo. No existirá juventud perenne, ni vida eterna en él. Sí. Todo seguirá igual que antes…

—Por culpa de una tormenta —dijo enfurruñado el número II.

—No. Una tormenta o cualquier otra cosa —comprendió el profesor—. Tenía que ser así… Tenía que ser así, como siempre ha sido, como siempre será…

Tras un silencio, el alumno número I preguntó: —¿Y esas otras razas?

—Posiblemente se multiplicarán. Formarán grandes familias. Se subdividirán formando tal vez nuevas razas. Así ocurrirá también con Wilfrid y Samantha. Y en el transcurso de los años formarán bloques separados. En siglos venideros el planeta volverá a estar superpoblado como en el siglo XX y las pequeñas guerras entre esas razas concluirán con otra guerra total para aniquilar a toda la humanidad...

Tras un triste silencio, la voz del profesor concluyó:

—Esto es sólo el comienzo. El final a largo plazo será el que os he descrito. ¿Es que no lo veis?

Lenta, muy lentamente, los números I y II replicaron a la vez:

—Sí, profesor. Nuestro visor del futuro nos muestra lo mismo que a usted... Ocurrirá una nueva catástrofe. ¿No habría forma de evitarla?

—¿Cómo, hijo? Los hombres están dotados de inteligencia, pero se empeñan en no usarla... No hay más ciego que quien no quiere ver, ni más sordo que quien no quiere oír... No, hijitos. La solución está en los mismos hombres. De ellos depende. De ellos depende...

Se hizo el silencio en el espacio. Las motas continuaron su vuelo invisible al ojo humano.

Eran «granos» insignificantes procedentes de un mundo sin problemas. Seres con vida, pero una clase de vida que jamás terrícola alguno llegaría a comprender.

Seres sin maldad de un mundo remoto que como otros en otras épocas intentaron ayudar a los hombres sin conseguirlo.

Seres casi moleculares en tamaño, pero grandes, perfectos de sabiduría.

Seres que se alejaban del planeta y que tal vez volvieran siglos después cuando... se repitiera la historia.

*

Y en el nuevo amanecer del planeta, los taquaris seguían buscando, persiguiendo a sus enemigos.

En su ciudad subterránea, los de la otra raza, seguros en su escondrijo, trataban de organizarse...

—Utilizaremos de todos los medios para conseguir armas. ¡Combatiremos a nuestros enemigos! —decía uno que parecía haber perdido el miedo.

El descendiente de Von Falenger adujo:

—Nuestros antepasados nos legaron libros de ciencia. De ellos extraeremos las verdades científicas. ¡Seremos los más poderosos!

La ciudad subterránea no era más que los restos de aquel

monumental edificio bajo el suelo que un día, en un lugar de la vieja Europa, albergó una de las plantas científicas más importantes.

Los aparatos, a consecuencia del terremoto que procedió a las explosiones, quedaron sepultados para siempre, sólo seguían en pie algunas galerías desnudas...

Tal vez con el tiempo, excavando, alguien descubriría otra cámara llena de huesos humanos, pertenecientes a los que tres siglos antes se mataban para salvarse.

Sí. Todo era cuestión de tiempo...

Disimulando lo que quedaba de todo, un lago en la parte superior había dado una nueva configuración al terreno.

Y abajo, un puñado de hombres soñaba ya en ser los más poderosos.

—¡Tenemos que dejar de ser perseguidos! —seguía el belicoso charlatán, mientras Von Falenger leía en un viejo libro, sentado sobre una roca—. Nos convertiremos en los amos y aniquilaremos a esta raza de asesinos...

Sí. Todo empezaba de nuevo, pero como dijo el profesor del escudo Azul, aquello era sólo el principio.

EPILOGO

Wilfrid y Samantha despertaron con los primeros rayos del sol. Estaban bajo los árboles.

Aquella mañana se hallaban más cansados que las otras veces. Comenzaban a notar la fatiga del vivir, o de la lucha por la vida.

—Mira —indicó ella. Y señaló hacia donde había quedado el avión.

El se encogió de hombros al ver que el propio peso del aparato lo había hundido en el fango. El morro casi tocaba el césped.

—Ya no habrá quien lo levante —murmuró—. Vamos, exploraremos todo esto.

Cogió de la mano a su compañera y disimuló un súbito dolor procedente de la herida en el hombro.

También Adán siglo XXIII comenzaba a sentir el dolor, pero todavía era joven y fuerte y los primeros golpes siempre se superan.

Sonrió incluso al llegar a una pequeña cima y contemplar un horizonte vasto y despejado.

—Es hermoso esto —murmuró ella sonriendo también.

—Sí. Lo es —musitó Wilfrid.

Y continuaron cogidos de la mano, descubriendo la vida, descubriendo su propio mundo.

Y en verdad era bello, muy bello.

El profesor del escudo Azul tal vez diría:

—Las cosas bellas nunca se saben apreciar lo bastante. Por eso los seres las pierden y cuando lo lamentan…, es ya demasiado tarde.

Wilfrid y Samantha sentían recobrar su optimismo y corrían, corrían como el primer día cuando despertaron en el planeta.

Ellos eran puros. Odiaban la violencia, aunque se hubieran visto inmersos en ella.

Sus risas juveniles y sinceras resonaban ya muy lejos.

¿Habría acaso una esperanza?

FIN

[1] Para simplificar el lenguaje de esos seres, utilizaremos el idioma terrícola, porque la verdad es que esos seres de la armadura tenían una forma de entenderse distinta de la que conocemos los que ahora vivimos en el planeta Tierra.

[2] Llamaban escudo a la especie de armadura dentro de la cual se movían, disimulando su verdadero aspecto si es que tenían aspecto alguno posible de describir

[3] Cabina de adiestramiento para pilotos, para simular vuelos y aprender la técnica de los mismos sin necesidad de utilizar un avión real durante los estudios.